PLUTARCO

OBRAS MORALES Y DE COSTUMBRES

(MORALIA)

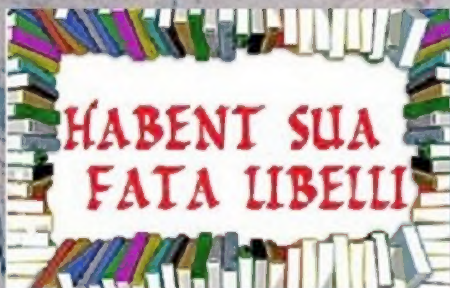
VIII

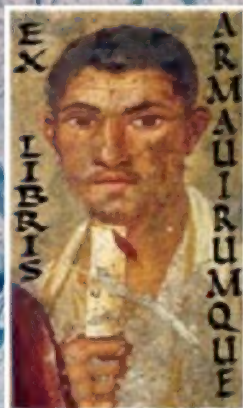
SOBRE EL AMOR A LA RIQUEZA • SOBRE LA FALSA VERGÜENZA • SOBRE LA ENVIDIA Y EL ODIO • DE CÓMO ALABARSE SIN DESPERTAR ENVIDIA • DE LA TARDANZA DE LA DIVINIDAD EN CASTIGAR • SOBRE EL HADO • SOBRE EL DEMON DE SÓCRATES • SOBRE EL DESTIERRO • ESCRITO DE CONSOLACIÓN A SU MUJER

INTRODUCCIONES, TRADUCCIONES Y NOTAS POR
ROSA MARÍA AGUILAR



EDITORIAL GREDOS


HABENT SUA
FATA LIBELLI


EX
LIBRIS
ARMAUIRUMQUE



BIBLIOTECA CLÁSICA GREDOS, 219

Asesor para la sección griega: CARLOS GARCÍA GUAL.

Según las normas de la B. C. G., la traducción de este volumen ha sido revisada por JORGE BERGUA CAVERO.

Depósito Legal: M. 13241-1996.

ISBN 84-249-1601-8. Obra completa.
ISBN 84-249-1804-5. Tomo VIII.

Impreso en España. Printed in Spain.
Gráficas Cóndor, S. A., Sánchez Pacheco, 81, Madrid, 1996. — 6745.

INTRODUCCIÓN

Los tratados que constituyen este volumen aparecen todos en la edición planudea conservada en el Códice *Parisino* E, donde tienen los números 17, 12, 47, 8, 4, 37, 75, 24 y 23, no coincidentes, como se ve, con el orden que nosotros observamos, el de la edición de Stephanus. Algunos de ellos responden mejor que otros al contenido de moral práctica que ha dado su nombre a esta parte de la obra de Plutarco, a partir de la titulación de *Obras morales* que Máximo Planudes dio a los contenidos entre los números 1 y 21. Así ocurre con *Sobre el amor a la riqueza (De cupiditate divitiarum), Sobre la falsa vergüenza (De vitioso pudore), Sobre la envidia y el odio (De invidia et odio), De cómo alabarse sin despertar envidia (De laude ipsius),* presentes (parcialmente, excepto *De inv. et od.)* en ese apartado planudeo. En ellos se trata de vicios mayores o menores y de su tratamiento o de cómo no incurrir en que puedan despertarse por nuestra causa en quienes nos rodean.

En cambio los escritos *Sobre el destierro* y el de *Consolación a su mujer* pertenecen, como el *Escrito de consolación a Apolonio* (vol. II de esta colección), al género consolatorio, aunque los últimos refieran sus consejos a la pérdida de seres queridos y el primero a la pérdida de la patria. En

unos y otros hallamos la literatura propia de sus géneros respectivos, con los tópicos esperados, pero también con el sello personal plutarqueo, sobre todo cuando hay una implicación personal, como en el dolor compartido con su esposa por la pérdida de la hijita. El opúsculo *Sobre el hado* resulta muy diferente, no tanto por la elección de su contenido cuanto por su tratamiento, lo que hace que actualmente sea tenido por obra espuria, de lo que se da cuenta más extensamente en su lugar.

Consideración aparte merecen las dos obras restantes, esto es, *Sobre la tardanza de la divinidad en castigar* (también en la primera sección planudea, donde es el núm. 4) y *Sobre el demon de Sócrates*. Ambas tienen rasgos en común: son formalmente diálogos, presentan una doctrina sobre el alma y lo hacen a través de un mito. Aun siendo ambos diálogos objeto de gran número de estudios, es el segundo de ellos el que más interés ha despertado en el último decenio. La causa de ello podría residir en la extraña alianza en su construcción entre tema histórico patrio y mito escatólogico en el que se desarrolla la teoría sobre el alma. Así, para D. Babut[1] el verdadero tema sería la relación entre ciencia teórica y acción práctica, entre filosofía y política. P. Desideri[2] analiza sobre todo su componente histórico, concluyendo que la obra de Plutarco sería un manifiesto ideológico y una lograda ejemplificación práctica, si es que ha existido la historiografía trágica. K. Döring[3] se interesa más, en cambio, en el mito y en el problema del demon per-

[1] D. Babut, «Le dialogue de Plutarque *Sur le démon de Socrate*. Essai d'interprétation», *Bull. de l'Ass. Guillaume Budé* (1984), 51-76.

[2] P. Desideri, «Il De genio Socratis di Plutarco: Un esempio di "Storiografia tragica"?», *Atheneum*, 3-4 (1984), 569- 585.

[3] K. Döring, «Plutarch und das Daimonion des Sokrates (Plut., de genio Socratis Kap. 20-24)», *Mnemosyne* 37, 3-4 (1984), 377-392.

sonal y, dentro de una tradición, se ocupa de fuentes y modelos. A. Barigazzi se ha ocupado tanto del problema de la composición del diálogo desde un punto de vista formal como de su unidad de composición a través de la clave de Epaminondas como figura central[4]. F. Brenk[5] ha estudiado el tiempo en la estructuración del diálogo y concluye que en él se sumarían el tiempo divino (en el *noûs*), que no aparece sin embargo, el segundo tiempo mezclado de los *daímones* y, por último, el tiempo humano, histórico y fugaz. Todo esto no es, con todo, sino una muestra de lo que se ha escrito en estos últimos años. Parece como si esta obra, en cierta manera no lograda plenamente, hubiera de seguir suscitando, quizás por eso, más interrogantes que otras, y es que, sin duda, Plutarco puso en ella todo su empeño, si no queriendo superar a su maestro Platón, a quien ha tomado de modelo, sí al menos esforzándose en emularle.

Con respecto a la tradición manuscrita de estas obras, puede valer aquello de lo que ya se ha dado cuenta en el volumen anterior. Sucintamente diremos que hay tres familias, encabezada la primera por el códice L (*Laurentianus* 69, del s. x), palimpsesto muy mutilado y defectuoso del que es copia C (*Parisinus graecus* 1955, ss. xi-xii), en mucho mejor condición de lectura. En la segunda, son importantes los manuscritos Y (*Marcianus graecus* 249, ss. xi-xii) de una parte y los M y N (*Mosquenses SS. Synodi gr.* 501 y 502), de otra. La tercera familia representa la tra-

[4] Lo primero en «Plutarco e il dialogo "drammatico"», *Prometheus* 14 (1988), 141-163, y lo segundo en «Una nuova interpretazione del De genio Socratis», *Illinois Class. Stud.* 13 (1989), 409-425.

[5] F. E. Brenk, «Tempo come struttura nel dialogo "Sul *daimonion* di Socrate" di Plutarco», en *Strutture Formali dei "Moralia" di Plutarco (Atti III Convegno Plutarcheo, Palermo, 3-5 maggio 1989)*, Nápoles, 1991, págs. 69-82.

dición planudea y los códices más representativos son, A y E (*Ambrosianus gr.* 859, *c.* 1296; *Parisinus gr.* 1671, s. XII; *Parisinus gr.* 1672, s. XIV, respectivamente). Con ésta se relaciona ε, nuestro *Matritensis* 4690, procedente de la Biblioteca de Uceda, en donde se encuentran los tratados *De cupiditate divitiarum, De sera numinis vindicta* y *Consolatio ad uxorem.*

Sobre las traducciones al castellano de estos tratados vale asimismo lo dicho en la Introducción del anterior volumen. En las *Morales* de Diego Gracián[6] se hallan traducidas *Contra la codicia de las riquezas (De cup. div.),* fols. 165-167, *Del daño que causa la vergüenza o empacho y del remedio contra ella (De vit. pud.),* fols. 170-174, *De la diferencia entre el odio y la embidia (De inv. et od.)* —que es realmente un resumen de folio y medio—, *Consuelo para los que viven en destierro o fuera de la patria (De ex.),* fols. 195v.-200, donde encontramos ya en la redacción del título una de sus acostumbradas paráfrasis: *Consuelo de Plutarco Cheronense para el destierro donde muestra que no es cosa tan áspera el ser desterrado como comúnmente se estima.* Ahora bien, de uno de estos tratados: *De cupiditate divitiarum*, que nosotros hemos traducido por *Sobre el amor a la riqueza*, existe una traducción anterior a la de Gracián[7]. El

---

[6] *Morales de Plutarco. Traduzidos de lengua Griega en Castellana por* —, Alcalá de Henares, Juan de Brocar, 1548.

[7] *Libro de Plutarcho cheroneo excellentissimo philosopho contra la cobdicia de las riquezas: nuevamente traduzido en lengua castellana por un monge dela orden de sant Benito.* Valladolid, Diego Fernández de Córdoba, 1538. De este libro da cuenta también A. Palau y Dulcet (*Manual del librero hispano-americano),* pero da como impresor a Fernando de Córdoba. La obra no pasó seguramente por sus manos. Nuestra información más completa procede de Th. S. Beardsley, «An unexamined translation of Plutarch: Libro contra la cobdicia delas riquezas», *Hispanic Review*, 41, 1 (1973), 170-214, donde reproduce la traducción en facsímil.

anónimo autor ha sido identificado por Beardsley como Alonso Ruiz de Virués, muerto en 1545, defensor y traductor de Erasmo. Este traductor, sea quien fuere, no informa de qué lengua traduce. Hemos cotejado su versión con el texto griego. Podría haber traducido de esta lengua con algunas faltas de comprensión y el gusto por usar de la paráfrasis ya acostumbrado en estos erasmistas. Beardsley es de la opinión que tanto el monje benedictino como Diego Gracián consultaron la versión latina de Erasmo en el trascurso de su trabajo. Ambos muestran, dice, una tendencia a la «interpretative expansion of concises passages» y así como, a su juicio, Gracián se basó primariamente en el texto griego, el benedictino habría traducido del latín, basándose en la traducción de Erasmo.

En último lugar, daremos cuenta de las ediciones usadas. Hemos seguido el texto griego establecido por Ph. H. de Lacy y B. Einarson en *The Loeb Classical Library*, pero hemos tenido siempre a la vista el texto griego de M. Pohlenz y W. Sieveking, cuyas lecturas hemos adoptado en ocasiones. También hemos tenido en cuenta las ediciones de *Les Belles Lettres* en los tomos VII y VIII, de R. Klaerr e Y. Vernière para el primero, y de J. Hani para el otro, así como la de los *Moralia* I, de G. Pisani. De otras ediciones monográficas utilizadas se da cuenta en la Bibliografía.

BIBLIOGRAFÍA*

A. ALONI, «Osservazioni sul *De genio Socratis* di Plutarco», *Museum Criticum* 10-12 (1975-1977), 233-241.

—, «Ricerche sulla forma letteraria del *De genio Socratis* di Plutarco», *Acme* 33, 1-2 (1980), 45-112.

—, G. GUIDORIZZI (eds.), *Plutarco, Il demone di Socrate. I ritardi della punizione divina*. Milán, 1982.

H. VON ARNIM, *Plutarch über Dämonen und Mantik: Verh. Akad. Wet.*, Amsterdam, 1921.

D. BABUT, Plutarque et le stoïcisme, París, 1969.

—, *De la vertu éthique*, Paris, 1969.

—, «La doctrine démonologique dans le *De genio Socratis* de Plutarque; cohérence et fonction», *L'Information Littéraire* 35 (1983), 201-205.

—, «Le dialogue de Plutarque *Sur le démon de Socrate*. Essai d'interprétation», *Bulletin de l'Association Guillaume Budé* (1984), 51-76.

—, «La part du rationalisme dans la religion de Plutarque. L'exemple du *De genio Socratis*», *Illinois Classical Studies* 13 (1988), 383-408.

---

* La Bibliografía que consta aquí es la que fundamentalmente se relaciona con estos tratados. Aun así también se citan algunas obras generales que se han empleado. Para una Bibliografía general se remite a los primeros volúmenes de esta misma colección donde se halla amplia información.

A. Barigazzi, «Sul *De cupiditate divitiarum* di Plutarco», *Prometheus* 13 (1987), 167-178.

—, «Sul *De invidia et odio* di Plutarco», *Prometheus* 14 (1988), 58-70.

—, «Plutarco e il dialogo "drammatico"», *Prometheus* 14 (1988), 141-163.

—, «Una nuova interpretazione del *De genio Socratis*», *Illinois Classical Studies* 13 (1989), 409-425.

Th. S. Beardsley, «An unexamined translation of Plutarch: *Libro contra la cobdicia delas riquezas*», *Hispanic Review* 41 (1973), 170-214.

F. E. Brenk, «Tempo come struttura nel dialogo "Sul *daimonion* di Socrate" di Plutarco» en *Strutture Formali dei «Moralia» di Plutarco (Atti III Convegno Plutarcheo, Palermo, 3-5 maggio 1989)*, dir. por G. D'Ippolito e I. Gallo, Nápoles, 1991, págs. 69-82.

A. Corlu (ed.), *Plutarque. Le démon de Socrate*. París, 1970.

P. Desideri, «Il *De genio Socratis* di Plutarco: Un esempio di "Storiografia Tragica"?» *Atheneum* 3-4, (1984), 569-585.

K. Döring, «Plutarch und das Daimonion des Sokrates (Plut., *De genio Socratis,* Kap. 20-24)», *Mnemosyne* 37, 3-4 (1984), 377-392.

J. Dumortier, «Le châtiment de Neron dans le mythe de Thespésios (De sera numinis)», en *Actes VIII*[e] *Congrès G. Budé*, París, 1969, págs. 552-560.

R. Flacelière, *Sagesse de Plutarque*, París, 1964.

Diego Gracián, *Morales de Plutarco, traduzidos de lengua griega en castellana por —*, Alcalá de Henares, 1548.

W. Hamilton, «The myth in Plutarch's *De genio*», *Classical Quaterly* (1934), 175-182.

J. Hani, «Le mythe de Timarque et la structure de l'extase», *Revue des Études Anciennes* 88 (1975), 105-120.

— (ed.), *Plutarque, Oeuvres Morales, T. VIII*, Paris, 1980.

J. J. Hartman, *De Plutarcho scriptore et philosopho*, Leiden, 1916.

C. P. JONES, «Towards a Chronology of Plutarch's Works», *Journal of Roman Studies* 156 (1966), 61-74.

F. E. KIND, «Zu Plutarchs *De sera numinis vindicta*», *Hermes* 72 (1937), 127-128.

R. KLAERR y Y. VERNIÈRE (eds.), *Plutarque, Oeuvres Morales, T. VII*, París, 1974.

PH. DE LACY y B. EINARSON (eds.), *Plutarch's Moralia VII*, Cambridge (Massachusets) y Londres, 1959.

A. M. MALINGREY, «Les délais de la justice divine chez Plutarque et dans la littérature judéo-chretienne», en *Actes VIIIᵉ Congrès G. Budé*, París, 1969, págs. 542-550.

G. MÉAUTIS, *Délais de la justice divine par Plutarque*, Lausana, 1935.

—, «Le mythe de Timarque», *Revue des Études Anciennes* (1950), 201-211.

W. R. PATON, M. POHLENZ Y W. SIEVEKING (eds.), *Plutarchi Moralia Vol. III*, Leipzig, 1972[2] (reimp. 1ª ed. 1929).

E. PETTINE (ed.), *Plutarco. L'Autoelogio (De laude ipsius)*, Salerno, 1983.

— (ed.), *Plutarco, L'avidità di richezze (De cupiditate divitiarum)*, Salerno, 1986.

G. PISANI, *Plutarco. Moralia I. «La serenità interiore» e altri testi sulla terapia dell'anima*, Biblioteca dell'Immagine, 1989.

H. POURRAT, *Le sage et son démon, précédé de: «Le démon de Socrate» de Plutarque*, trad. de Ed. des Places, París, 1950.

M. RILEY, «The Purpose and Unity of Plutarch's *De genio Socratis*», *Greek, Roman and Byzantine Studies*, 18, 3 (1977), 257-273.

D. A. RUSSELL, «Notes on Plutarch's *De genio Socratis*», *Classical Quaterly* 48 (1954), 61-63.

M. SCAFFIDI ABBATE, *Il fato. La superstizione*, Roma, 1993.

G. SOURY, *La dèmonologie de Plutarque*, París, 1942.

—, «Le problème de la providence et le *De sera numinis vindicta* de Plutarque», *Revue des Études Grecques* (1945), 63-179.

L. TORRACA, «Linguaggio del reale e linguaggio dell' immaginario nel *De sera numinis vindicta*», en *Strutture Formali dei*

«Moralia» di Plutarco (Atti III Convegno Plutarcheo, Palermo, 3-5 maggio 1989), dir. por G. D'Ippolito e I. Gallo, Nápoles, 1991.

A. Vaghi, *Consolazione a la moglie. L'esilio. Il destino*, Vimercate, 1993.

E. Valgiglio (ed.), *Ps. Plutarco. De fato*, Roma, 1964.

—, «Il fato nel pensiero classico antico», *Rivista di Studi Classici* 15 (1967), 305-330.

Y. Vernière, «Le Lethé de Plutarque», *Revue des Études Anciennes* 46 (1964), 22-32.

—, *Symboles et Mythes dans la pensée de Plutarque*, París, 1977.

R. Volkmann, *Leben, Schriften und Philosophie des Plutarch von Chaeronea*, Berlín, 1869-1873.

B. Weissenberger, *Die Sprache Plutarchs von Chaeronea und die pseudoplutarchischen Schriften*, Straubing, 1896.

U. von Wilamowitz-Moellendorf, «The Treatise of Plutarch *De cupiditate divitiarum* edited by W. R. Paton, London, 1896, XVI und 33 S. 8.°», *Göttingische Gelehrte Anzeigen* 158 (1896), 326-348 = «12. Besprechung», *Kleine Schriften* III, págs. 162-177.

A. Willing, «De Socratis daemonio quae antiquis temporibus fuerint opiniones», *Comm. philol. Iena* VIII 2 (1909).

K. Ziegler, *Plutarchos von Chaironeia*, *RE* XXI 1, 1951, cols. 636-962.

—, *Plutarch über Gott und Vorsehung, Dämonen und Weissagung, Religionsgeschichtliche Schriften*, prólogo y nueva traducción de —, Zúrich, 1952.

B. Zucchelli, «Il Περὶ δυσωπίας di Plutarco», *Maia* 1 (1965), 215-231.

SOBRE EL DEMON DE SÓCRATES

INTRODUCCIÓN

En este diálogo Plutarco no ha tomado como fondo un suceso contemporáneo ni ha construido para él una anécdota entre gente de su época [1]. El diálogo tiene lugar en Atenas en un círculo aristocrático protebano, donde se pide a Cafisias, hermano de Epaminondas, un relato de los sucesos de Tebas en el levantamiento contra la guarnición espartana de la Cadmea (379 a. C.) [2]. Éste cuenta entonces lo ocurrido y cómo los conjurados, reunidos en Tebas en casa de Simmias, empleaban su tiempo en diferentes discusiones, pero, sobre todo, en una acerca del demon socrático y de cuál era su naturaleza, una voz o un tipo distinto de signo.

---

[1] Sobre el problema de la composición de este diálogo y la coherencia entre el tema histórico y la teoría religiosa-filosófica del alma, demon-*noûs,* desarrollada por medio del mito central, véase Mark Riley, «The Purpose and Unity of Plutarch's *De genio Socratis», Greek. Rom. and Byz. Stud.* XVIII (1977), 257-273.

[2] Véase en A. Aloni, «Osservazioni sul *De genio Socratis* di Plutarco», *MCr* X-XII (1975-1977), 233-241, la relación del episodio histórico de este diálogo con el propio Plutarco, en el desarrollo que de él hace en la *Vida de Pelópidas* y las otras fuentes, Jenofonte en el libro V de las *Helénicas* y la biografía de ese mismo personaje en Cornelio Nepote, fundamentalmente.

Toman parte en esta conversación diversos personajes, especialmente el ya mencionado Cafisias, Teócrito, que es adivino, Fílidas, Fidolao de Haliarto, Galaxidoro, que se muestra opuesto a las concepciones pitagóricas, Simmias, el discípulo de Sócrates, Polimnis, padre de Cafisias y Epaminondas, y Teánor de Crotona, el pitagórico, un personaje probablemente de ficción. Hay otros que intervienen en el diálogo como Carón, Hipostenidas, Clidón y Pelópidas, pero en torno al tema de fondo escénico, la rebelión de Tebas contra Esparta, que Plutarco ha debido elegir como suceso glorioso de su patria.

El tema del alma aparece repetidamente y, al ser el demon socrático el motivo central, da pie a variadas manifestaciones sobre ella. No obstante, el pasaje de mayor significación es el mito de Timarco, que no se encuentra al final del tratado como los de Tespesio y Sila en el *De sera numinis vindicta* o en el *De facie quae in orbe lunae apparet* respectivamente, coronando la obra, sino en el centro del diálogo, corroborando la teoría de Simmias.

Sobre la cronología de esta obra ningún autor se ha pronunciado definidamente, por la carencia de datos objetivos para determinarla. C. P. Jones en su artículo «Towards a chronology of Plutarch's works» (*Journal of Roman Studies* LVI [1966] pág. 70), no lo incluye —a pesar de su afinidad temática con la *Vida de Pelópidas*— porque excluye este tipo de testimonios y sólo se atiene a las referencias de Plutarco a circunstancias de su propio tiempo, sus obras anteriores y su vida. Por otra parte, tampoco es fácil datar la biografía citada. Hay una tendencia a considerar esta obra anterior al *De sera numinis vindicta*. Esto resultaría de razones internas como la de que el diálogo citado completa en su mito a éste o bien la mayor perfección del relato del mito en el *De genio* que en el *De sera* respecto a la estancia del

alma fuera del cuerpo. La primera de las posiciones corresponde a G. Soury, en su obra *La démonologie de Plutarque,* pág. 168, donde dice: «Le mythe du *De sera* (ch. 23) est, sur ce point encore, le complément indispensable du *De genio*» y más adelante, en pág. 170: «... le *De genio* comme simplement moins complet ou moins explicite et de l'enrichir a l'aide du *De sera*». Así mismo, H. von Arnim en *Über Dämonen und Mantik,* pág. 21, opina que al estar mucho mejor adoptado el relato del alma fuera del cuerpo en el mito de Timarco que en el de Tespesio, debió de utilizarse éste antes en el primero de los mitos. De ahí puede deducirse que, para ambos autores, el *De sera* fue escrito más tarde que el *De genio.* Otro argumento se basaría en el mito de Sila en el *De facie.* Para Von Arnim, en la obra antes citada (pág. 25), el mito de este último diálogo hubo de escribirse antes, porque la descripción en el de Timarco no resulta clara para quien no haya leído anteriormente el *De facie* o, por lo menos, difícil de entender. Por consiguiente, a juicio de éste el orden de composición sería primero *De facie,* a continuación *De genio* y, en último lugar, *De sera,* aunque esto sea sólo una consecuencia puramente subjetiva.

Otras razones podrían inducir a resultados diferentes, en cuanto a orden de composición, a partir del artículo de W. Hamilton, «The myth in Plutarch's *De genio*» (*Classical Quarterly* XXVIII [1934], 175-182), pero el autor, finalmente, concluye que la facilidad mayor de comprensión de la lectura de este mito a la luz del *De facie* no debe llevar a postular una composición más temprana para este diálogo.

Parece, por tanto, irresoluble hoy por hoy llegar a establecer una cronología segura de las obras de Plutarco en gran parte de los casos y en éste en concreto. Faltan criterios objetivos para poder realizar tal tarea, ya que datos como los de vocabulario, composición, etc., son de orden in-

terno y no totalmente válidos, mientras que otros —como la claridad de expresión y exposición o la ayuda a la mejor comprensión de otra obra plutarquea— son subjetivos y, de ahí, inaceptables.

Esta obra es el número 69 del «Catálogo de Lamprias».

NOTA AL TEXTO

	DE LACY Y EINARSON	TEXTO ADOPTADO
575E	παρὰ δυσὶ τῶν ἱερῶν	παρὰ Λύσιν τὸν ἱερόν (HERMANN)
580A	ἢ	εἰ (ALDINA[2] DE HAMBURGO)
581F	φείδεσθαι	πείθεσθαι (XYLANDER)
585C	ἐνδέδωκε	δέδεται (SCHWARTZ)

SOBRE EL DEMON DE SÓCRATES

1. Yo recuerdo, Cafisias, haber oído a un pintor un símil 575B
atrayente sobre los que contemplan cuadros. Los espectadores profanos y no cultivados, decía, se parecen a quienes saludan de una vez a toda una asamblea, los enterados y amantes del arte, a quienes conversan en particular con cada uno de los asistentes. Pues, para unos la contemplación de las obras es inexacta y sucede bajo una impresión solamente, pero los otros distinguen con su juicio cada parte y no se les escapa nada, sin una mirada o un comentario, de lo representado bien o mal. Y en las acciones
reales pienso que ocurre del mismo modo. El que es de mente C
perezosa se conforma con un relato si se le informa de la parte principal y del final del asunto. En cambio, el ambicioso de emulación y belleza, espectador de las obras que la virtud, como un gran arte, ha realizado, goza más bien con sus detalles, porque si el éxito tiene mucho en común con la suerte, puede observar por el contrario, en las causas y las acciones mismas pormenorizadas, los combates de la virtud contra los eventos y actos de audacia unidos a la prudencia en el peligro, provenientes de una razón que aúna oportunidad y pasión[1].

[1] Este último párrafo es de comprensión difícil y versión dudosa dado lo corrupto del texto.

Y como sospecho que nosotros somos de esta clase de
D espectadores, cuéntanos cómo sucedió desde el principio la acción y relata la conversación que ocurrió entonces, según hemos oído, en tu presencia, porque yo no habría dudado en ir a Tebas por esto, si los atenienses no me hubieran tomado por excesivamente pro-beocio.

—Desde luego, Arquedamo, por tu enorme interés en conocer lo sucedido, debía yo poner el venir aquí a hacer este relato «por encima de cualquier ocupación», como dice Píndaro[2]. Pero como he venido por una embajada y tengo
E tiempo hasta que reciba las respuestas de la asamblea, oponerse y tratar descortésmente a tan buen amigo parece que incluso suscitaría el antiguo reproche de «odio a la discusión» contra los beocios que ya estaba desapareciendo en vida de vuestro Sócrates, ahora que nosotros nos hemos mostrado con tanto interés junto a este santo Lisis[3]. Pero mira si los asistentes están bien dispuestos a oír al mismo tiempo tantas palabras y hechos. Pues la extensión del relato no es pequeña, una vez que tú nos aconsejas incluir las discusiones.

—No conoces, Cafisias, a estos hombres. Y por cierto que merece la pena conocerlos, al ser hijos de familias bue-
F nas y conocidas en vuestra ciudad. Éste es Lisítidas el sobrino de Trasibulo y este otro Timoteo, el hijo de Conón. Ésos son los hijos de Arquino y todos los demás, como también ellos, pertenecen a nuestro círculo de amigos[4]. Así

[2] Píndaro, *Ístmicas* I 2.

[3] Aplíquese lo dicho en nota 1. Sobre el texto adoptado véase la «Introducción», pág. 204.

[4] Trasibulo se distinguió en la Guerra del Peloponeso, pero se hizo más famoso por su participación, en el 403, en la sublevación contra Esparta y la liberación de Atenas del dominio de los llamados Treinta Tiranos. Conón, con la victoria naval de Cnido en el 394, interrumpió el do-

que tu exposición va a tener un auditorio benévolo y amistoso.

—Está bien. Pero ¿cuál podría ser el comienzo de mi exposición para que se adaptase a los hechos que ya conocéis?

—Nosotros, Cafisias, apenas sabemos cómo estaba Tebas antes del regreso de los desterrados. Desde luego, que Arquias y Leontiades persuadieron a Fébidas para ocupar en tiempo de paz la Cadmea, que desterraron a algunos ciudadanos y a otros los contuvieron por medio del terror mientras ellos ejercían el poder ilegalmente y con violencia, lo 576A conocemos aquí, como sabes, al haber sido huéspedes de Melón y Pelópidas, y tratarlos continuamente en el tiempo que sufrieron el exilio. Además, hemos oído también que los lacedemonios castigaron a Fébidas por haber ocupado la Cadmea y le relevaron del mando en la expedición contra Olinto y que, en su lugar, enviaron a Lisanóridas y otros dos para reforzar la guarnición de la ciudadela[5]. Supimos asimismo cómo Hismenias murió de una forma innoble inmediatamente después de su proceso, porque Górgidas comunicaba todo por carta a los aquí exiliados. Por eso te queda B

minio conseguido en el mar por los espartanos con Lisandro y más tarde, con ayuda persa, levantó nuevamente los Muros Largos, destruidos en el 404, tras la capitulación de Atenas como consecuencia de la derrota de Egospótamos, Su hijo Timoteo fue uno de los generales más distinguidos de la Segunda Liga Marítima Ateniense. Arquino participó junto con Trasibulo en el derrocamiento de los Treinta y contribuyó en el 403/402 a la introducción del alfabeto jónico en lugar del antiguo alfabeto ático. Por último, traduzco imperfectamente como «círculo de amigos» el término griego *hetaireia* para el que no encuentro uno castellano equivalente.

[5] La ciudadela de Tebas, la Cadmea, fue tomada de paso por el ejército espartano que se dirigía contra Olinto bajo el mando de Fébidas. Los «otros dos» son Arceso y Herípidas que aparecen después, en 598F.

sólo informamos sobre el regreso de nuestros amigos y el derrocamiento de los tiranos[6].

2. —Por aquellos días, Arquedamo, los participantes en la conspiración teníamos la costumbre de reunirnos en casa de Simmias que se recuperaba de una herida en la pierna. Nos encontrábamos allí realmente por si surgía algún asunto urgente, pero, en apariencia, ocupábamos el tiempo en discusiones de filosofía y muchas veces, para evitar sospechas, nos llevábamos a Arquias y a Leontiades, que no eran en absoluto ajenos a tal clase de ocupación. Y Simmias, al ha-
C ber vivido mucho tiempo fuera y haber viajado entre gentes extranjeras, había regresado poco antes a Tebas lleno de relatos de todo género y de historias de los bárbaros. Arquias disfrutaba oyéndolas siempre que tenía ocasión, condescendiente con los jóvenes y prefiriendo que pasásemos nuestro tiempo en discusiones a que nos ocupáramos de lo que ellos hacían.

Aquel día en el que, al oscurecer, debían venir ocultamente los desterrados a la muralla, llegó de aquí un hombre, enviado por Ferenico, a quien ninguno de nosotros, excepto Carón, conocía. Nos informó de que los desterrados más jóvenes, en número de doce, habían venido a cazar con perros al Citerón[7] con el propósito de llegar a la caída de la tarde.
D Él fue enviado por delante para anunciar esto y para conocer a quien les iba a proporcionar la casa donde se ocultarían a su llegada con la idea de encaminarse allí en cuanto lo supieran. Y como nos mostrábamos desconcertados y

[6] Los oligarcas que usurparon el poder de Tebas eran Leontiades, Arquias, Filipo e Hípates.

[7] Ferenico es uno de los conjurados con Pelópidas que tiene existencia histórica; Eumólpidas y Sámidas sólo aparecen en el relato de Plutarco. El Citerón es la montaña que forma una barrera entre Beocia y el Ática.

pensativos, el propio Carón se comprometió a proporcionarla. Y, en efecto, el hombre decidió regresar en seguida con los desterrados.

3. Apretándome la mano con fuerza y mirando hacia Carón que se acercaba, me dijo Teócrito el adivino: «Ese E
hombre, Cafisias, no es un filósofo ni ha tenido, como tu hermano Epaminondas, una educación esmerada y excepcional. Sin embargo, puedes ver que naturalmente inclinado hacia el bien por las leyes, acepta voluntariamente los mayores riesgos en favor de su patria. En cambio, Epaminondas, que se cree superior a todos los beocios por haberse educado en la virtud, es débil y poco animoso ***[8] para emplearse en esta o en otra ocasión mejor, bien dotado como está por su natural y su excelente preparación».

Y le contesté yo: «Animosísimo Teócrito, nosotros ac- F
tuamos según nuestro parecer. Pero Epaminondas, puesto que no nos ha persuadido, como cree mejor, a renunciar a nuestra acción, verosímilmente había de oponerse a lo que no concuerda con su naturaleza o su opinión, aún habiéndole invitado. En efecto, si un médico se comprometiera a curar una enfermedad sin bisturí o cauterio, tampoco lo aprobarías tú, a mi parecer, obligándole a cortar o quemar la parte enferma». Y como él estuvo de acuerdo, proseguí yo: «¿Acaso no le ocurre igual a Epaminondas? Él afirma que no llevará a la muerte sin juicio a ningún ciudadano, si no es forzado por una extrema necesidad, y que colaborará luchando animosamente con quienes liberen a la ciudad sin sangre fraternal ni asesinatos. Y puesto que no ha podido persuadir a la mayoría y, por el contrario, nos hemos lanza-

[8] Aquí hay una laguna. Renuncio a suplir el texto y traducir sobre conjetura ya que se puede seguir el sentido.

577A do por este camino, nos aconseja que le dejemos, limpio de homicidios y acusaciones, aguardar la ocasión de comportarse con justicia y utilidad. De otra parte piensa él que ni siquiera la acción va a tener un límite. Quizás Ferenico y Pelópidas se enfrentarán con los mayores responsables y criminales; Eumólpidas y Sámidas, en cambio, que son hombres de cólera ardiente y apasionados, en cuanto la noche lo haga posible, no depondrán sus espadas hasta que llenen la ciudad entera de muerte y aniquilen a muchos de sus enemigos personales».

4. Mientras yo hablaba así con Teócrito, nos interrumpió Galaxidoro[9] para anunciarnos que Arquias y Lisanóridas el Espartiata se acercaban desde la Cadmea a reunirse,
B al parecer, con nosotros. Entonces suspendimos nuestra conversación. Y Arquias, después de haber llamado a Teócrito y llevándole junto a Lisanóridas, habló en privado mucho rato, al tiempo que se apartaba un poco desde el camino hacia la falda del Anfión[10], de tal modo que nos angustiábamos por si se había producido alguna sospecha o delación, sobre la cual interrogaban a Teócrito.

En eso, Fílidas[11], a quien tú conoces, Arquedamo, y que era entonces secretario de Arquias y de los otros polemarcos, como sabía que los desterrados estaban a punto de llegar —y él formaba parte de la conspiración—, me cogió de la mano y bromeaba conmigo abiertamente, como acostumbraba, contra la gimnasia y la palestra. Entonces, cuando me apartó lejos de los demás, me preguntó si los desterrados

---

[9] Galaxidoro es citado por JENOFONTE, *Helénicas* III 5, 1.

[10] El Anfión era, al parecer, una colina situada al Norte de la Cadmea.

[11] Mencionado por JENOFONTE, *Helénicas* V 4, 2.

iban a llegar el día fijado y, al decirle yo que sí, me contestó:

«He acertado en prepararle hoy a Arquias la fiesta de re- C
cepción, porque con el vino y la embriaguez será más fácil presa para nuestros hombres.»

«Perfectamente, Fílidas», le dije, «pero prueba a reunir allí a todos o a la mayor parte de los enemigos».

«No es fácil», dijo, «o más bien es imposible. Pues como Arquias espera la visita de una mujer de rango, no quiere que asista Leontiades. Por eso deberéis cogerlos separadamente en sus casas. Pues cuando Arquias y Leontiades estén a la vez prisioneros, pienso que los demás o se deste- D
rrarán dejando las cosas expeditas o permanecerán tranquilos, contentos de que se les ofrezca seguridad».

«Así haremos», contesté. «Pero ¿qué asunto es el que les ocupa en su conversación con Teócrito?».

Y me respondió Fílidas: «No puedo decírtelo con certeza, porque casi no lo sé, pero oí algo de signos y predicciones adversas profetizadas a Esparta».

***[12] se nos acercó Fidolao de Haliarto y dijo: «Simmias os ruega que aguardéis un poco aquí. Pues se encuentra en privado con Leontiades por el asunto de Anfíteo[13] y les está suplicando que se quede, para intentar cambiar la pena de muerte de este hombre por la de destierro».

---

[12] *Aquí hay una laguna de 99-81 letras. Habría que suplirla con algo como* «Entonces volvió Teócrito con nosotros y nos dirigimos a casa de Simmias donde» para poder enlazar con lo siguiente, ya que antes los conjurados estaban en casa de Carón y ahora están en casa de Simmias, esperando a que éste los reciba.

[13] Anfíteo, ya al comienzo de la Guerra Corintia, en el 395, pertenecía al partido opuesto a Esparta en Tebas. No conocemos su suerte posterior tras la liberación de la prisión (598B).

E 5. «En buen momento has venido y como llamado a propósito», dijo Teócrito. «Pues yo quería informarme de cuáles eran los hallazgos y cuál el aspecto total del sepulcro de Alcmena[14], cuando fue abierto en vuestro país, si es que tú te encontrabas allí cuando Agesilao dispuso transportar los restos a Esparta».

«Yo no estuve allí», respondió Fidolao, «y por haber manifestado mi descontento e irritación contra mis conciudadanos me vi abandonado de ellos. Pues bien, ningún resto del cadáver se encontró en la tumba y sólo una piedra[15].
F Había además una pulsera de bronce no muy grande y dos ánforas de barro que contenían tierra, solidificada y petrificada por el tiempo. Delante de la tumba yacía una tablilla de bronce con muchas letras extrañas por su gran antigüedad. Ninguna de ellas podía leerse, aunque aparecieron claramente cuando se lavó el bronce. Pero los caracteres eran de un tipo particular y propio de extranjeros, semejantes a los egipcios. Por eso, Agesilao, según dijeron, envió copias al Rey con la petición de que se mostrasen a los sacerdotes por si pudieran interpretarlas. Pero sobre esto quizás podría referirnos algo Simmias, ya que se encontraba en aquel
578A tiempo en Egipto con los sacerdotes por sus investigaciones de filosofía. Los de Haliarto piensan que la gran esterilidad y el desbordamiento del lago no fueron accidentales, sino que la ofensa hecha a la tumba terminó por alcanzar a quienes permitieron su excavación».

---

[14] Alcmena, esposa de Anfitrión, tuvo a Heracles de su unión con Zeus. Tras la muerte de su esposo casó con Radamantis y su tumba se mostraba junto a la de éste en Haliarto. No hay noticias en ningún otro lugar sobre esta disposición de Agesilao.

[15] Sobre la desaparición del cuerpo y su substitución por una piedra véase PAUSANIAS, IX 16-17.

Y Teócrito tras una pequeña pausa contestó: «Ni siquiera los propios lacedemonios, al parecer, van a escapar de la venganza de la divinidad como lo manifiestan los prodigios sobre los que nos consultaba hace poco Lisanóridas. Ahora parte hacia Haliarto para cubrir nuevamente la tumba y hacer libaciones en honor de Alcmena y Aleo[16], conforme a cierto oráculo, aunque ignora quién era este Aleo. Cuando B regrese, va a investigar cuál es la tumba de Dirce[17] que es desconocida de los tebanos, excepto de quienes han sido hiparcos[18]. En efecto, quien deja el cargo de hiparco conduce a su sucesor y se la muestra de noche, ambos solos. Tras hacer sobre ella ciertos ritos sin fuego, de los que borran y hacen desaparecer las señales, se marchan separadamente en la oscuridad. Y yo, Fidolao, alabo su preocupación por los ritos pero creo que no van a encontrar fácilmente el lugar de la tumba. Pues la mayoría de los que fueron hiparcos legalmente, están desterrados, o más bien todos, excepto Górgidas y Platón, de quienes ni se atreverían a pedir informa- C ción, porque los temen[19]. Y los que ahora gobiernan en la

[16] Los de Haliarto identificaban a este Aleo con Radamantis. Cf. *Vida de Lisandro 28*, 4.

[17] Dirce fue, según la leyenda más difundida, esposa de Lico, rey de Tebas. Por haber perseguido cruelmente a la sobrina de su marido, Antíope, amada de Zeus, más tarde los hijos de ésta, Zeto y Anfión, la ataron a un toro salvaje que la arrastró hasta producirle la muerte —asunto que inspiró el famoso grupo escultórico conocido como Toro Farnesio que se halla en el museo de Nápoles—. Después arrojaron su cuerpo a un barranco en la parte occidental de la Cadmea, por lo que el riachuelo que transcurría por él recibió este mismo nombre.

[18] Se llamaba hiparco en Tebas, como en otros lugares de Grecia, el comandante de la caballería elegido anualmente.

[19] Górgidas fue beotarca el año 379 y fundó el Batallón Sagrado. De este Platón no hay otras noticias.

Cadmea han recibido la lanza y el sello sin saber nada de los actos rituales ni de la sepultura».

6. Mientras hablaba así Teócrito, salió Leontiades con sus amigos. Nosotros entramos y saludamos a Simmias, sentado en su cama muy pensativo y entristecido, a mi parecer, por no haber obtenido su petición. Y mirando hacia todos
D nosotros dijo: «Heracles ¡Qué personas tan salvajes y bárbaras! Desde luego ¿no tenía toda la razón en su respuesta Tales el antiguo? A su regreso, tras largo tiempo fuera de su país, a los amigos que le preguntaban por lo más extraordinario que hubiera conocido les contestó: «Un tirano viejo»[20]. Pues incluso quien no ha recibido ningún daño, molesto por la crueldad y dureza de su trato, llega a odiar tales dominaciones ilegales e irresponsables. Pero de estos asuntos quizás se ocupe Dios. ¿Conocéis, Cafisias, quién es el extranjero que ha llegado a vuestra casa?».

«No sé de quién hablas», dije yo.

«Sin embargo», me respondió, «afirma Leontiades que fue visto junto a la sepultura de Lisis[21] de pie, por la noche,
E un hombre, impresionante por el número y la calidad de su acompañamiento. Habían acampado allí sobre jergones, porque aparecieron unos camastros de sauzgatillo y tamarisco y, además, restos de ofrendas quemadas y libaciones de leche. Y al amanecer preguntaba a quienes encontraba si podría encontrar en la ciudad a los hijos de Polimnis».

«¿Y quién podrá ser el extranjero?» contesté. «Pues por lo que dices parece hombre importante y no un particular.»

---

[20] Esta anécdota del filósofo Tales de Mileto aparece también en *Septem sapientium convivium* 147B.

[21] El pitagórico Lisis es un personaje histórico. Asimismo, es real su estancia en Tebas como maestro de los hijos de Polimnis. En el capítulo 13, se narran los hechos que condujeron a Lisis al destierro desde Metaponto.

7. «No lo es sin duda», dijo Fidolao, «y cuando llegue lo recibiremos. Pero ahora, Simmias, infórmanos algo más, si lo sabes, sobre las letras que recientemente nos preocupaban. Pues dicen que los sacerdotes de Egipto pueden inter- F
pretar las letras de la tabilla que Agesilao nos quitó al destruir la tumba de Alcmena».

Y Simmias, haciendo memoria, en seguida contestó: «No conozco esa tabilla, Fidolao, pero Agetóridas el espartiata[22] trajo un largo escrito de parte de Agesilao a Menfis para Conufis[23] el profeta, con quien entonces discutíamos de filosofía Platón, Elopio de Pepareto[24] y yo mismo. Y vino con el encargo y ruego del Rey a Conufis de que, si interpretaba los escritos, se los enviara rápidamente con su traducción. Tras haber examinado por tres días toda clase de caracteres en los libros antiguos dio su respuesta al Rey y 579A
nos la explicó a nosotros. Aquel escrito ordenaba realizar un concurso en honor de las Musas; los caracteres eran los propios de la escritura usual en el reinado de Proteo[25] y los conocía perfectamente Heracles, el hijo de Anfitrión. Sin embargo, el dios instruía y aconsejaba a los helenos, por medio del escrito, para que vivieran en paz y tranquilidad; que compitieran siempre con la filosofía como instrumento y que decidieran sobre la justicia, deponiendo las armas, con ayuda de las Musas y de la razón. Pensábamos nosotros entonces que Conufis tenía razón y más aún cuando, a nues-

---

[22] Personaje desconocido.

[23] Conufis de Menfis aparece también en el *De Iside et Osiride* 354E.

[24] Otro personaje del que no sabemos nada. Pepareto es una isla situada al noroeste del extremo norte de la isla de Eubea.

[25] Proteo es el legendario rey de Egipto, que acogió a Helena en Menfis: Helena nunca habría estado en Troya y de Egipto la recoge Menelao. En cuanto a este rasgo de Heracles, parece corresponder a la figura del Heracles cínico, cf. L. Gil, *Rev. Univ. Complutense* 1 (1980-81), 47 ss.

B tro regreso de Egipto, se nos presentaron en Caria unos de Delos pidiendo que Platón, como geómetra, les resolviera un extraño problema, planteado en forma de oráculo por el dios. Era el oráculo éste:

Los males presentes de los delios y de los demás helenos terminarán cuando dupliquen el altar de Delos[26].

Como los delios no podían comprender su significado y les habían sucedido cosas absurdas en la construcción del altar (pues cuando duplicaron cada uno de los cuatro lados no advirtieron que con el aumento hacían un sólido ocho veces mayor, por el desconocimiento de la proporción ori-
C ginada al duplicar las aristas), pidieron en su dificultad, la ayuda de Platón. Y él, acordándose del Egipcio, dijo que el dios se burlaba de los helenos faltos de educación, porque reprochaba nuestra ignorancia y nos ordenaba ocuparnos seriamente de la geometría. Pues no es labor ciertamente de una inteligencia pobre o de corto alcance, sino de la que ha estudiado cuidadosamente las líneas, tomar dos medios proporcionados, único procedimiento con el que puede duplicarse la figura de un cuerpo cúbico, aumentando de forma igual todas sus dimensiones. Esto podría llevarlo a cabo Eudoxo de Cnido y Helicón de Cícico[27]. Pero no debían

---

[26] Se trata del famoso «problema delio» o de la duplicación del cubo: los de Delos habían de construir un cubo que tuviera un volumen doble del cubo existente que formaba el altar. Véase cómo Plutarco se refiere también a ellos en *De E apud Delphos* 386E, y en *Quaest. conv.* 718E-F. Para la historia del problema puede consultarse O. Becker, *Das matematische Denken der Antike*, pág. 75, y A. Szabó, *Les Débuts des Mathématiques Grecques*, pág. 106.

[27] Eudoxo de Cnido, contemporáneo de Platón, pero algo más joven, fue especialmente sobresaliente por sus conocimientos matemáticos y de astronomía. Helicón de Cícico fue discípulo de Eudoxo y de Platón.

pensar que el dios deseaba esto, sino más bien que ordenaba D a todos los helenos abandonar guerras y discordias, cultivar a las Musas dulcificando sus pasiones por el razonamiento y el estudio y, por último, convivir sin causarse mutuamente ofensas, sino beneficios».

8. Mientras hablaba Simmias entró mi padre, Polimnis, y sentándose a su lado le dijo: «Epaminondas os ruega a todos aguardar aquí, si no tenéis una ocupación perentoria, porque desea presentaros al extranjero. Este, que es hombre de gran nobleza, ha sido enviado desde Italia por los pitagóricos con un hermoso y noble propósito. Ha venido para E verter libaciones en la tumba del anciano Lisis a causa de ciertos sueños y visiones clarísimas, según dice. Y trae una gran suma de oro, porque piensa que debe pagar a Epaminondas la manutención de Lisis en su vejez. También está dispuesto plenamente a ayudarnos en nuestra pobreza, aunque ni lo pedimos ni lo deseamos».

Y Simmias, lleno de alegría, le contestó: «¡Me hablas de un hombre admirable y digno de la filosofía! Pero ¿por qué no se ha reunido en seguida con nosotros?».

«Como pasó la noche junto a la tumba de Lisis», dijo, F «Epaminondas lo ha llevado a bañarse, según creo, en el Hismeno[28] y después vendrán aquí con nosotros. Pero, antes de encontrarnos, acampó junto a la tumba con la idea de coger los restos del cadáver y llevarlos a Italia, si no lo impedía algún demon». Y tras su relato mi padre calló.

---

[28] El Hismeno es uno de los dos riachuelos que bañaban Tebas. El otro es el Dirce del que hablamos en la n. 17. Ambos se unían al norte de la ciudad.

9. Y Galaxidoro exclamó: «¡Por Heracles! ¡Qué difícil es encontrar un hombre limpio de vanidad y superstición! Pues unos, involuntariamente, se ven presa de las pasiones por inexperiencia o por debilidad; otros, por aparentar ser seres superiores o favoritos de los dioses, divinizan sus actos y ponen por delante de lo que viene a sus mentes sueños, visiones y un montón de cosas semejantes. Esto quizá no
580A esté mal para los políticos que, acostumbrados a vivir ante un público atrevido y sin disciplina, podrán así según su conveniencia persuadir o transformar a la gente con el freno de la superstición. Pero para la filosofía tal ficción no sólo parece inconveniente sino incluso opuesta a sus pretensiones. Pues si ella pretende enseñar mediante la razón lo bueno y útil en su totalidad, al refugiarse en los dioses se aparta del gobierno de sus acciones, como si despreciara la razón, y, desdeñando la demostración, gracias a la cual se muestra
B superior, torna a la adivinación y a visiones de sueños, en los que el hombre inferior puede resultar no menos afortunado que el de mejores dotes. Por eso, Simmias, me parece que vuestro Sócrates abrazó una forma de enseñanza y lenguaje más propia del filósofo, porque eligió la sencillez y la naturalidad, por ser libres y amigas de la verdad, y dejó para los sofistas la vanidad, como mero humo de la filosofía».

Pero le replicó Teócrito interrumpiéndole: «¿Cómo es eso, Galaxidoro? ¿Es que Meleto[29] te ha convencido de que Sócrates despreciaba las manifestaciones divinas? Pues de eso le acusó ante los atenienses».

C «En modo alguno despreciaba las manifestaciones divinas», contestó, «pero como recibió la filosofía, a partir de Pitágoras y sus seguidores, llena de fantasmas, mitos y su-

[29] Meleto es uno de los acusadores de Sócrates con Ánito y Licón. Véase Platón, *Apología* 19B.

perstición, y la de Empédocles exaltada además por delirios místicos, se acostumbró a respirar fuerte ante los hechos y a perseguir la verdad con una razón sobria»[30].

10. «Está bien», dijo Teócrito. «¿Pero qué diremos, amigo mío, del demon de Sócrates? ¿Es o no una impostura? A mí, al menos, nada me parece tan grande y divino entre lo que se cuenta de Pitágoras respecto a la adivinación. Pues, tal como puso Homero a Atenea junto a Ulises «a su lado en todos sus trabajos»[31], parece haber colocado el demon junto a Sócrates, desde su infancia, una visión semejante como guía de su vida. Y ésta es la única D

Que yendo ante él le iluminaba[32]

en los asuntos obscuros e incomprensibles para una mente humana, sobre los cuales frecuentemente el demon hablaba con él, inspirando sus decisiones. Para más y mejor información debemos acudir a Simmias y a los demás amigos de Sócrates. Pero estando precisamente conmigo, cuando fuimos a visitar al adivino Eutifrón[33] —tú te acordarás, Simmias—, subió Sócrates al Símbolo[34] y a casa de Andócides preguntando y confundiendo a Eutifrón entre bromas. Y, de pronto, se quedó parado y en silencio, atento a sí mismo por E
bastante tiempo. Después, dio la vuelta y se marchó por la calle de los fabricantes de cajas, llamando a sus amigos que ya se habían adelantado y afirmando que se le había presen-

---

[30] Cf. *Vida de Numa* 4, 8.

[31] *Odisea* XIII 301.

[32] *Ilíada* XX 95.

[33] Eutifrón es el adivino a quien dedicó Platón uno de sus diálogos. También aparece en el *Crátilo*.

[34] Parece que era una plaza situada al noroeste del ágora.

tado el demon. La mayor parte, entre los que me encontraba también, se volvió, sin separarme yo de Eutifrón. Sin embargo, algunos jóvenes prosiguieron su marcha, con el propósito de menospreciar así al demon de Sócrates, y se llevaron con ellos a Cárilo, el flautista[35], que había venido también a Atenas conmigo a casa de Cebes[36]. Cuando marchaban ya por la calle de los escultores, al lado de los tribunales[37], se encontraron una piara de cerdos cubierta de barro
F y tan numerosa que se empujaban unos a otros. Y como no había paso, lanzándose por medio derribaron a unos, a otros los mancharon completamente. También llegó Cárilo a su casa con las piernas y el manto llenos de barro. Por eso, siempre recórdabamos con risas el demon de Sócrates, pero asombrados al mismo tiempo de que aquel signo divino nunca le abandonaba ni se olvidaba de él.»

11. Y respondió Galaxidoro: «¿tú piensas entonces, Teócrito, que el demon de Sócrates tenía un poder singular y extraordinario y no que este hombre, habiéndose asegurado con su experiencia una porción de la adivinación común, infundía un impulso a la razón en los asuntos oscuros e inciertos? Del mismo modo que el peso de una sola dracma no mueve el fiel de la balanza, pero si se añade a un peso en
581A equilibrio inclina hacia sí el total, igualmente un estornudo, un ruido o alguna otra señal, por ser pequeña y ligera, no puede arrastrar una inteligencia sólida a la acción; en cambio, si se suma a una de las dos razones opuestas, resuelve

---

[35] El flautista Cárilo no aparece citado en otros textos.

[36] Cebes es, junto con Simmias, el otro discípulo tebano de Sócrates. Véase Platón, *Fedón*, 59c.

[37] Estos lugares son, como la plaza antes mencionada, mal conocidos. Estarían probablemente cerca del ágora.

la dificultad cuando se deshace el equilibrio y surgen entonces movimiento e impulso».

E interrumpiendo mi padre dijo: «Precisamente yo mismo he oído eso, Galaxidoro, a uno de la escuela megárica. Él, a su vez, le oyó a Terpsión[38] que el demon de Sócrates era un estornudo, el suyo propio o el de otros. Efectivamente, el que otro estornudara a la derecha, ya fuera delante o detrás, le impulsaba a la acción, pero si estornudaba a la iz- B
quierda, le apartaba de ella. En cambio, de sus propios estornudos, uno le confirmaba en su impulso cuando iba a iniciar la acción, el otro lo detenía e impedía cuando ya estaba actuando. Pero lo que me resulta asombroso es que no dijera a sus amigos que era un estornudo y no un demon lo que le apartaba o le ordenaba actuar. Por el contrario, tal conducta, amigo mío, la de apartarse de la acción y dejar abandonadas sus decisiones por la perturbación externa de una voz o un estornudo, en un momento determinado, es propia de un espíritu vanidoso, vacío y lleno de orgullo y no de la verdad y la simplicidad con las que, a nuestro parecer, se había manifestado este hombre auténticamente grande y superior a la mayoría. Los impulsos de Sócrates parecían C
denotar en todo una intensidad y fuerza inconmovibles, como si procedieran de un juicio y unos fundamentos rectos y firmes. Toda su vida la pasó en la pobreza voluntariamente aunque hubiera podido tener dinero de donantes que se lo habrían entregado con alegría y gusto. No se apartó de la filosofía ante tantos impedimentos y por último, cuando sus amigos se preocuparon de prepararle la salvación en el destierro, no se doblegó ante quienes insistían ni cedió ante la

---

[38] Terpsión de Mégara, discípulo fiel de Sócrates, aparece junto a éste en sus últimos días en el *Fedón* platónico (59c). También figura en el *Teeteto* (124a), donde Euclides de Mégara le dirige a él la narración de los hechos.

proximidad de la muerte, sino que frente a sus temores utili-
D zó razonamientos inconmovibles. No es esta actitud la de un hombre que cambia sus juicios al azar por ruidos o estornudos, sino la de quien es guiado hacia el bien por una autoridad y principio de mayor envergadura.

He oído también que comunicó a algunos de sus amigos la pérdida de las fuerzas atenienses en Sicilia[39]. Y aún antes de eso, Pirilampes[40], el hijo de Antifonte, hecho prisionero por nosotros en la persecución de Delion[41] con heridas de jabalina, cuando oyó a quienes venían de Atenas para hacer las treguas que Sócrates había regresado con Alcibíades y
E Laques bajando sobre Regista[42], le invocó muchas veces y otras tantas a sus amigos y camaradas que murieron a manos de nuestra caballería al huir con él hacia el Parnes[43], porque desoyeron al demon de Sócrates tomaron en su reti-

---

[39] Se refiere a la expedición del 415-413 narrada por Tucídides en los libros VI y VII. Véase también la *Vida de Nicias* 13, y la *Vida de Alcibíades* 17, sobre las predicciones desfavorables.

[40] Pirilampes fue el padrastro de Platón.

[41] Sonora derrota de Atenas por los beocios en el año 424 a. C. El lugar está situado junto al mar de Eubea, cerca de la frontera entre el Ática y Beocia.

[42] El nombre de Regista es desconocido. El pasaje está muy corrompido y De Lacy y Einarson (edición de la *Loeb Class. Libr.)* lo substituyen en su traducción por «la costa de Oropos» basándose para su conjetura en las rutas mencionadas por Tucídides, IV 96, 7. El pasaje de la retirada es contado por Alcibíades en su intervención en el *Banquete* de Platón, cuando entra borracho en casa de Agatón (221a). Laques, que fue general en la batalla de Mantinea (418 a. C.), en la cual murió, luchó en Delion como hoplita. Es también el protagonista del diálogo platónico sobre el valor al que da el título.

[43] La montaña del Parnes está a medio camino entre Beocia y Atenas. Fue, según el pasaje mencionado de Tucídides, IV 96, 7, una de las rutas de regreso utilizada por los que se retiraban desde Delion.

rada de la batalla un camino diferente del que aquél llevaba. Y creo que Simmias lo ha oído también».

«Muchas veces», dijo Simmias, «y a muchas personas. Pues por esta causa se habló no poco en Atenas del demon de Sócrates».

12. Y dijo Fidolao: «¿Qué hacemos, Simmias? ¿Vamos a permitir que Galaxidoro con sus bromas reduzca un F asunto de tanta importancia como es la adivinación a estornudos y ruidos? También la gente ignorante se sirve de ella en asuntos de poca monta y entre bromas. Ahora bien, cuando sobrevienen peligros más graves y acciones de mayor riesgo, se cumple aquel verso de Eurípides:

¡Nadie dice estas necedades junto a una espada![44]

Y contestó Galaxidoro: «Estoy dispuesto, Fidolao, a escuchar con vosotros a Simmias en estos temas, si él mismo oyó hablar de ellos a Sócrates, y a creerle. Sin embargo, no es difícil refutar lo que habéis dicho Polimnis y tú. Pues, del mismo modo que en medicina las palpitaciones o las ampollas son males pequeños pero indican una dolencia no tan insignificante, que para un timonel el grito de un ave marina o el paso de una tenue nube amarillenta le señalan viento y 582A mar picada, así, para un alma experta en adivinación, un estornudo o un ruido no tienen importancia en sí mismos, pero podrían ser indicio de un suceso más grave[45]. En efecto, en ningún arte se descuida el prever las cosas grandes por las pequeñas y las que son muchas mediante las pocas. Es como si un hombre inexperto en la escritura, al ver

---

[44] Fragmento del *Autólico.* Cf. NAUCK[2], *TGF*, EUR., 282, 22.

[45] Para esta clase de adivinación por ruidos *(klēdónes)* y estornudos, véase R. FLACELIÈRE, *Adivinos y oráculos griegos,* pág. 15 ss.

unas pocas letras de feo aspecto, desconfiara de que un
hombre letrado pudiera narrar con ellas grandes guerras
ocurridas a los antepasados, fundaciones de ciudades, he-
B chos y sucesos de los reyes. Si, a continuación, afirmase
que un demon había revelado y expuesto cada una de estas
cosas a aquel historiador, te daría risa la ignorancia de aquel
hombre. Mira así, no vaya a ser que también nosotros, por
desconocimiento del poder con que cada signo de la adivi-
nación se relaciona con el futuro, nos irritemos tontamente,
cuando un hombre inteligente manifiesta a partir de ellos
algo respecto a cosas oscuras, afirmando él mismo que no le
guían sus actos un estornudo o una voz sino un ser divino.
Y ahora paso a ti, Polimnis. Tú estás asombrado de que Só-
crates, quien humanizó esencialmente la filosofía por su
falta de vanidad y su sencillez, no hubiera llamado a ese
signo estornudo o ruido, sino con un estilo enteramente tea-
C tral, demon. Por el contrario, yo me asombraría, si un hom-
bre excelso en la dialéctica y el dominio de las palabras,
como Sócrates, dijera que el estornudo y no el demon le
hacía señales. Es como si uno afirmara que le hirió una fle-
cha pero no quien disparó la flecha o que la balanza mide el
peso y no quien la sostiene. En efecto, la acción no es del
instrumento sino de quien utiliza el instrumento para la ac-
ción. Y es un instrumento el signo utilizado por aquella
fuerza que da las señales. Pero, como dije antes, debemos
oír a Simmias, si tiene algo que decir, pues lo debe saber
mejor».

13. Y dijo Teócrito: «Debemos ver primero quiénes son
D los que entran, aunque creo que Epaminondas nos trae aquí
al extranjero».

Miramos entonces a la puerta y vimos entrar primero a
Epaminondas y, entre los amigos conjurados a Hismenodo-

ro, Baquílidas y al flautista Meliso[46] y luego al extranjero que venía detrás. Éste poseía una figura noble, manifestaba un carácter suave y amable e iba muy bien vestido. Pues bien, el extranjero se sentó junto a Simmias, mi hermano a mi lado y los demás cada uno donde pudo y, cuando se hizo silencio, Simmias llamó a mi hermano y le dijo: «Y bien, Epaminondas ¿Cuál es el nombre del extranjero, cómo de- E bemos dirigirnos a él y de dónde viene? Pues éste es el preliminar acostumbrado de encuentro y conocimiento».

Y Epaminondas le respondió: «Teánor es su nombre, Simmias, es natural de Crotona[47] y de los filósofos de ese país, y no deshonra la gran fama de Pitágoras. Pero ahora ha venido aquí, tras un largo viaje desde Italia, confirmando con nobles acciones sus nobles creencias».

Entonces el extranjero le interrumpió y dijo: «Y tú, Epaminondas, ¿No estás impidiendo quizá la más noble de las acciones? Pues si es noble el hacer el bien a los amigos, no es una desgracia recibir beneficios de ellos. Pues la grati- F tud, al necesitar no menos a quien la recibe que a quien la otorga, culmina en el bien gracias a ambos. Pero quien no la acepta, la deshonra, como si fuera una pelota bien lanzada que cae sin alcanzar su destino. Porque ¿qué blanco es tan grato alcanzar a quien dispara y tan penoso errar, como el de un hombre digno de recibir favores cuando uno lo busca por gratitud? Pero, en el primer caso, quien no da en el blanco fijo yerra por su causa. En cambio, quien declina tal invitación y la rehúye, ofende a la gratitud porque ya no

---

[46] Hismenodoro y Meliso son desconocidos salvo por esta cita. Baquílidas es quizás uno de los beotarcas que tenía el mando en Leuctra y que es citado por Pausanias, IX 13, 7, con el nombre de Braquilidas.

[47] Teánor, es decir, «hombre de Dios». Crotona en el sur de Italia (Magna Grecia) era el lugar de residencia más importante de los pitagóricos.

puede alcanzar el fin buscado. Ya te expliqué las causas por las que vine aquí, pero deseo también contárselas a estas personas y que sean nuestros jueces.

583A Pues bien, cuando cayeron en las ciudades las sociedades pitagóricas vencidas por la revolución[48], los partidarios de Cilón[49] prendieron fuego a la casa, donde estaban reunidos en asamblea los que aún se mantenían en Metaponto, y mataron a todos juntos, excepto a Filolao y a Lisis que, jóvenes aún, se salvaron por su fuerza y ligereza a través del fuego[50]. Filolao[51] se refugió en Lucania y desde allí se puso a salvo con los demás amigos que de nuevo se habían reunido y habían vencido a los partidarios de Cilón. Sin embargo, se ignoró por mucho tiempo dónde estaba Lisis,

---

[48] Según A. Delatte, *Essai sur la politique pythagoricienne*, pág. 31, no hubo asociaciones pitagóricas en cada ciudad; este dato sólo aparece en Polibio, II 39, y en este pasaje de Plutarco y se debe, en su opinión, a que ellos interpretaron erróneamente a Dicearco.

[49] Cilón era el jefe del partido opuesto a los pitagóricos. La causa debío ser su expulsión del círculo pitagórico, como cuenta Olimpiodoro, *In Plat. Phaed. Comm.*, pág. 9 [Norvin].

[50] Conforme a lo expuesto en n. 48 sólo debió haber un incendio y fue en Crotona. Según la *Vida de Pitágoras* de Diógenes Laercio, VIII 39, Pitágoras huyó de Crotona y murió, tras cuarenta días sin comer, en Metaponto. En este mismo pasaje se da como a los únicos pitagóricos salvados a Arquitas de Tarento y Lisis. En Jámblico, *De vita Pythagorica* 250, se dan el nombre de Arquipo y Lisis y en Olimpiodoro, *In Plat. Phaed. Comm.*, pág. 9 [Norvin], a Filolao e Hiparco. En este mismo pasaje, dice que Filolao fue a Tebas a hacer libaciones en la sepultura de Lisis. Cómo llegó allí Lisis no se menciona. Pero según Aristóxeno, Lisis se había refugiado tras la huida de Italia en Tebas donde fue maestro de Epaminondas; sobre la inseguridad para la cronología, cf. A. Delatte, *op. cit.*, pág. 208, n. 3.

[51] Filolao es uno de los pitagóricos más significativos a finales del siglo v y comienzos del iv a. C. De él se dice que adquirió Platón algunos escritos (Diógenes Laercio, VIII 7, 85-86). Cebes le oyó en Tebas (Platón, *Fedón* 51e).

hasta que Gorgias el de Leontinos, al regresar de la Hélade a Sicilia, comunicó a Aresas con toda seguridad que se había encontrado con Lisis y que éste vivía en Tebas[52]. El mismo B Aresas, por el deseo de verle, se propuso viajar como pudiera, pero falto de fuerzas, por la vejez y su enfermedad conjuntamente, nos encargó que trajéramos a Italia a Lisis vivo o sus restos, si había muerto. Las guerras, revoluciones y regímenes tiránicos que se sucedieron entre tanto impidieron a sus amigos cumplir esta tarea mientras estuvo vivo. Pero, cuando el demon de Lisis a su muerte nos manifestó claramente su fin y quienes lo sabían con exactitud, Polimnis, nos comunicaron los cuidados y tratos dados en vuestra casa a ese hombre; que en una familia pobre había tenido C durante su vejez las atenciones de un rico y que había partido feliz, considerado como un padre por tus hijos, fui enviado yo, joven y solo, por otros muchos de edad avanzada, que al tener fortuna se la dan a quienes no la tienen, queriendo recibir en cambio gratitud y amistad. Lisis ha recibido también de vosotros un hermoso enterramiento y para él es mejor que una hermosa sepultura la gratitud pagada a sus amigos por sus amigos y deudos».

14. Mientras decía estas palabras el extranjero, mi padre lloró largo rato por el recuerdo de Lisis. Mi hermano me D sonrió como acostumbraba y dijo:

«¿Cómo hacemos, Cafisias? ¿Abandonamos la pobreza con este dinero y nos callamos?»

[52] Este regreso de Gorgias, el famoso sofista y rétor que da título a un diálogo platónico, pudo tener lugar tras la embajada que le llevó a Atenas en el 427 a. C. El nombre de Aresas, dirigente pitagórico, es una conjetura debida a De Lacy y Einarson, que se basan en Jámblico, *De vita Pythagorica* 266 ss., en lugar del Arqueso que dan los manuscritos.

Y yo le contesté: «'A esta querida y buena nodriza de los jóvenes'[53] en modo alguno. Defiéndela. Tú tienes la palabra».

Y entonces dijo Epaminondas: «Verdaderamente, padre, yo temía que nuestra casa fuera accesible a las riquezas y por una sola razón: la persona de Cafisias, necesitada de bellos vestidos para hacerse notar ante tantos admiradores como tiene, de copiosos y abundantes alimentos para resistir los ejercicios gimnásticos y las luchas de las palestras. Pero ya que éste no traiciona la pobreza paterna ni la deja ir co-
E mo un barniz y, por el contrario, aun siendo un muchacho, se gloría de su frugalidad y prefiere su situación actual, ¿qué derecho ni necesidad tenemos de ese dinero? ¿Es que vamos a dorar las armas y a decorar el escudo con púrpura mezclada al oro, como Nicias el Ateniense?[54]. ¿O compraremos para ti, padre, un manto de Mileto y para nuestra madre una túnica con franjas de púrpura? Pues no gastaremos sin duda en nuestro estómago estos dones, regalándonos con lo más exquisito y aceptando estas riquezas como un huésped molesto».

F Y respondió mi padre: «¡Quita, hijo! ¡Qué nunca vea yo tal transformación en mi vida!».

«Y además», añadió mi hermano, «no nos sentaremos en casa a vigilar una riqueza inútil. Pues así la gratitud sería ingrata y su posesión deshonrosa».

«¿Por qué dices eso?» replicó mi padre.

---

[53] *Odisea* IX 27.

[54] Nicias fue el general ateniense promotor de la paz con Esparta en el 421, con lo que terminó la primera etapa de la Guerra del Peloponeso. También participó en la expedición a Sicilia y en la derrota ante Siracusa donde murió el 413. Era famoso por su riqueza, cf. PLUTARCO, *Vida de Nicias* 28.

«Y bien», prosiguió Epaminondas, «cuando Jasón, el príncipe de Tesalia, me envió aquí recientemente una gran suma de dinero rogando que la aceptara, yo me mostré descortés al contestarle que él acometía una empresa injusta porque, siendo partidario de la monarquía, intentaba sobornar con dinero a un hombre público de una ciudad libre e independiente[55]. En cambio, yo acepto tu buena voluntad, 584A
extranjero, porque es noble y digna de un filósofo y la estimo en mucho, pero has llegado con medicinas para unos amigos que no están enfermos. Si al informarte —y es un ejemplo— de que estábamos en guerra hubieras acudido para ayudarnos con armas de todo género, después, tras haber encontrado amistad y paz, no creerías deber entregarlas y dejarlas a quienes no las necesitan. De igual modo, has venido como aliado contra nuestra pobreza en la idea de que estábamos agobiados por ella. Pero, por el contrario, nos es muy fácil de soportar y semejante a un familiar querido. No necesitamos la riqueza como un arma contra ella, que en nada nos molesta. Más bien comunica a los amigos de allí B
que utilizan la riqueza de una forma muy noble y que tienen aquí amigos que utilizan bien su pobreza. Lisis nos pagó su alimentación y su sepultura por sí mismo al enseñarnos, entre otras cosas, a no sentir vergüenza de ser pobres».

15. Y Teánor le interrumpió y dijo: «¿Cómo es eso? ¿Es innoble avergonzarse de la pobreza y no es absurdo, en cambio, temer y huir el dinero?».

---

[55] Jasón, tirano de Feras del 380 al 370, año en que fue asesinado, llegó a ser dirigente (*tagós*) de toda Tesalia, pero hay un anacronismo en Plutarco ya que su elección para tal cargo sucedió después de la liberación de Tebas.

«Es absurdo», contestó Epaminondas, «si no se rechaza con la razón, sino adoptando una actitud de grosería o de vanidad».

Y le respondió Teánor: «¿Qué razonamiento podría rehusar la posesión por medios honestos y justos, Epaminondas? Más bien dime —porque te mostrarás más suave conmigo que con el Tesalio en tus respuestas sobre el te-
C ma— si consideras honesta la donación de riquezas y no su aceptación, o si yerran del todo tanto quienes dan como quienes reciben».

«De ningún modo», dijo Epaminondas, «creo que el favor y la posesión de la riqueza, como el de cualquier otra cosa, es unas veces deshonesto, otras honesto».

«Entonces», respondió Teánor, «quien teniendo una deuda la paga por su voluntad y con buen ánimo, da bien su dinero».

Y Epaminondas estuvo de acuerdo.

«¿Pero quien acepta lo que otro da de buena voluntad, no lo recibe con justicia? ¿O podría haber un modo más justo de recibir dinero que el de aceptarlo de quien lo da con
D justicia?», dijo Teánor.

«No lo hay», dijo mi hermano.

«Entonces, Epaminondas, entre dos amigos a uno debemos darle, el otro debe recibir. Pues en las batallas hay que evitar al enemigo de buena puntería, pero en los favores no es justo ni huir ni rechazar al amigo que da de buena fe. Pues si la pobreza no es molesta, tampoco la riqueza es deshonrosa ni rechazable.»

«No, desde luego», respondió Epaminondas, «pero hay personas para quienes el no aceptar aquello que se entrega honestamente es más honroso y noble. Considéralo conmigo de esta manera:

Hay sin duda muchos deseos y deseos de diferentes objetos. Unos, los llamados innatos, germinan en el cuerpo para satisfacción de los placeres necesarios[56]. Otros vienen de fuera, aquellos que por vanas apariencias toman ímpetu y violencia a lo largo del tiempo y con la costumbre de una educación perniciosa frecuentemente arrastran al alma y la debilitan con más fuerza que los deseos necesarios. Pero mediante el hábito y el ejercicio, cualquier hombre puede librarse por su razón incluso de las pasiones innatas. Y se necesita todo el poder de la ejercitación, amigo mío, para eliminar los deseos accesorios y superfluos y cortarlos de raíz, cuando ya han sido castigados por la razón que los limita y reprime. Pues si la oposición del razonamiento respecto a la comida y la bebida pueden contener la sed y el hambre, sin duda alguna será más fácil disminuir el amor a las riquezas y a la gloria, destruido hasta el fin por la abstinencia y la represión de lo deseado. ¿O no te parece así?».

El extranjero estuvo de acuerdo.

Y prosiguió después: «¿Ves entonces alguna diferencia entre la ejercitación y el objeto al que tiende? Y así como podrías decir que la competición con el contrario por la corona es el objeto del atletismo, que la preparación del cuerpo para esto con ejercicios gimnásticos es la ejercitación, de igual modo ¿estarás de acuerdo en que respecto a la virtud su objeto es una cosa, la ejercitación otra?».

Y al responder que sí el extranjero, continuó mi hermano: «Considéralo entonces primero respecto a la continencia ¿Crees que apartarse de placeres vergonzosos e ilícitos es ejercitación o más bien resultado y demostración de esa ejercitación?».

[56] Compárese este pasaje con *Bruta animalia ratione uti* 898B-C. Esta clasificación de los placeres es de origen epicúreo.

«Resultado y demostración», dijo él.

«Pero yo lo llamo ejercitación y práctica de la continencia, no como lo que todos vosotros aún ahora os veis llevados a practicar, cuando tras haber ejercitado y suscitado vuestros apepitos como animales, os sentáis en mesas lujosas y con variados manjares durante largo rato y después, permitiendo a vuestro esclavos gozar de estas cosas, vosotros os alimentáis de comida pobre y sencilla con vuestros deseos ya apaciguados[57]. Pues la abstinencia de placeres en lo que está permitido es ejercitación para el alma en aquellos que le está prohibido.»

«Muy verdad es», contestó.

«Existe también, amigo mío, en la justicia un modo de
B ejercitarse contra el amor a las riquezas y el dinero. No se ejercita contra la codicia el que no roba de noche los bienes de sus vecinos o no los despoja de su ropa, ni tampoco quien no traiciona por dinero a su patria y a sus amigos (y quizá la ley y el miedo guardan de la apetencia del mal). Al contrario, quien se aparta voluntariamente y con frecuencia de los beneficios justos y permitidos por la ley, se ejercita y acostumbra a quedar lejos de cualquier posesión injusta e ilícita. Pues ni es posible en placeres fuertes, pero raros y
C perjudiciales, mantener el pensamiento en calma, si no ha despreciado con frecuencia el goce cuando era lícito; ni es fácil, a quien no ha encadenado y castigado desde mucho antes a la avaricia, dejar de lado posesiones deshonestas y ambiciones desmedidas, cuando nos vienen a las manos. Por el contrario, cuando se cría libremente en lo que es lícito para su provecho, se hace insolente en la injusticia y se aleja con gran dificultad del exceso. Pero el hombre que no

[57] Sobre esta costumbre de los pitagóricos cf. DIODORO, X 5, 2, y JÁMBLICO, *De vita Pythagorica* XXI 187.

se entrega a los favores de sus amigos ni a los regalos de los reyes, que rechaza los dones de la fortuna y aleja de sí, a la vista de un tesoro, el deseo de riquezas que le asalta, se mantiene firme frente a la maldad y no se turba en su pensamiento; al contrario, orgulloso de sí se emplea fácilmente en el D bien y conoce en su alma los más nobles pensamientos. Cafisias y yo, querido Simmias, admiramos a esos hombres y le pedimos al extranjero que nos permita entrenarnos suficientemente en la pobreza con vistas a aquella virtud».

16. Cuando mi hermano terminó su exposición, Simmias asintió dos o tres veces y dijo: «Verdaderamente Epaminondas es un gran hombre, pero aquí nuestro Polimnis es la causa, porque desde la infancia ha preparado a sus hijos con la mejor educación en la filosofía. Tú mismo, extranjero, podrás resolver tus diferencias respecto a esos asuntos E con ellos. Pero volviendo a Lisis, si puedes escucharnos, ¿vas a sacarlo del sepulcro y trasladarlo a Italia o permitirás que permanezca aquí con nosotros para que nos tenga como buenos vecinos y amigos, cuando nos reunamos allí con él?».

Teánor contestó sonriendo: «Me parece, Simmias, que Lisis está aquí a gusto y que, gracias a Epaminondas, no necesita cosa alguna. Pues existe en particular un rito[58] en los entierros de los pitagóricos, sin el cual no recibimos, según nuestra creencia, nuestro fin bienaventurado. Pues bien, cuando supimos por los sueños la muerte de Lisis (y cono- F cemos por una señal que se muestra en nuestros sueños, si se trata de la aparición de un muerto o de la de una persona

[58] Tal rito nos es desconocido. Sobre las costumbres funerarias de los pitagóricos puede consultarse A. CORLU, *Plutarque. Le démon de Socrate*, pág. 53 y n. 2.

viva[59]) a muchos les vino el pensamiento de que Lisis, en tierra extranjera, había sido enterrado de una forma diferente y que debíamos trasladarlo para hacerle participar allí[60] de los ritos acostumbrados. Con tal intención vine yo y en seguida, guiado por la gente del país a la sepultura ya de noche, vertí libaciones invocando al alma de Lisis para que se presentara y revelase cómo debía hacer. Y al avanzar la noche no vi nada, pero creí oír una voz que me decía: «No muevas lo que no es lícito mover. El cuerpo de Lisis ha recibido de sus amigos los honores fúnebres y su alma, ya juzgada, ha partido a otro nacimiento, unida por la suerte a otro demon». Y por eso, cuando muy de mañana encontré a
586A Epaminondas y le oí cómo había enterrado a Lisis, supe que había sido bien instruido por este hombre, incluso en los ritos secretos, y que tenía el mismo demon como guía de su vida, si yo no juzgaba mal al timonel por su forma de navegar. Pues innumerables son los senderos de nuestra vidas pero pocos son aquellos por donde los démones conducen a los hombres». Y Teánor, cuando terminó de hablar, miró a mi hermano, como si quisiera contemplar nuevamente desde el principio su carácter y su aspecto.

17. Entre tanto, se acercó el médico a Simmias y le
B quitó el vendaje para curarle. Pero Fílidas entró entonces con Hipostenidas y pidiendo que nos levantáramos Carón, Teócrito y yo mismo, nos llevó a un rincón del patio, muy trastornado como mostraba su rostro. Y al decirle yo: «¿Es que ha ocurrido algo nuevo, Fílidas?» me contestó: «A mí

---

[59] Cf. *De sera numinis vindicta* 564D, donde se dice que las almas de los muertos no parpadean ni tienen sombra. Esta creencia la atribuye Plutarco a los pitagóricos en *Aet. Graec.* 300C.

[60] «Allí» debe referirse a Italia; menos probable parece que significara el mundo de ultratumba.

nada nuevo, Cafisias. Pero ya sabía yo de antemano y os previne de la debilidad de Hipostenidas y os pedí que nada le comunicarais ni le incluyerais en la acción de nuestros planes».

Todos nos quedamos aterrados por estas palabras e Hipostenidas dijo: «Por los dioses, Fílidas, no digas eso. No nos arruines, a nosotros y a la ciudad, pensando que la temeridad es valor. Deja más bien regresar en seguridad a los exiliados, si lo ha fijado el destino». C

Y Fílidas en el paroxismo le preguntó: «Díme, Hipostenidas, ¿cuántos piensas que están con nosotros en el secreto de la conjuración?».

Y él contestó: «Yo creo que no menos de treinta».

«Pues bien», dijo: «¿Por qué entonces, si el número es tan grande, tú solo has arruinado e impedido los planes de todos, enviando un jinete a esos hombres que ya estaban en camino, ordenando que den la vuelta y que abandonen hoy su esfuerzo, cuando incluso el azar les preparó lo más importante para su regreso?».

Tras decir esto Fílidas, todos nos quedamos trastornados D y Carón, sosteniendo la mirada duramente sobre Hipostenidas, le dijo:

«¡Desgraciado! ¿Qué nos has hecho?».

Contestó Hipostenidas: «Nada terrible, si quieres dejar la aspereza de tu voz y atender las razones de un hombre de tu edad y que también peina canas. Porque si preferimos demostrar a nuestros conciudadanos un coraje arriesgado y un ánimo que en poco aprecia la vida, Fílidas, aún queda un largo día. Por eso no aguardemos la noche, marchemos ya con las espadas contra los tiranos. Matemos, muramos, no ahorremos nuestras vidas. Pero si no es difícil matar o morir, no es fácil, en cambio, tomar Tebas con las armas de tan gran número de enemigos en torno y arrojar la guarnición E

espartana al precio de sólo dos o tres muertos. Pues tampoco Fílidas ha preparado una cantidad de vino puro para los banquetes y recepciones tal que pueda emborrachar a los mil quinientos lanceros junto con Arquias. Pero incluso si matamos a éste, Herípidas y Arceso[61], que son hombres sobrios, tienen a su cargo la guardia por la noche. ¿Qué adelantamos con llevar a amigos y familiares a una muerte segura y, además, cuando nuestros enemigos ni siquiera desconocen totalmente su regreso? Pues ¿por qué han orde-
F nado a los de Tespias[62] hace tres días estar en armas y aguardar la llamada de los jefes espartanos? Hoy, según tengo entendido, van a ejecutar tras el juicio a Anfíteo, cuando vuelva Arquias[63]. ¿No son éstos graves indicios de que nuestra conjura no ha pasado inadvertida? ¿No sería mejor aguardar un poco más de tiempo, cuanto baste para propiciarnos a los dioses? Además, los adivinos, mientras sacrificaban el toro a Deméter[64], dijeron que las carnes quemadas señalaban un gran trastorno y peligro para el Estado. Y esto otro, Carón, requiere de ti la mayor cautela. Ayer, viniendo del campo con Hipatodoro, el hijo de Eriantes, un hombre excelente y muy amigo mío, pero que
587A nada sabe de nuestra conjuración, me dijo: 'A tu camarada Carón, Hipostenidas, no lo conozco de nada. Pero si te parece oportuno, dile que se guarde de un peligro que he visto en un sueño terrible y extraño. Pues la otra noche soñé que su casa sentía dolores, como si estuviera encinta, mientras él

---

[61] Eran los gobernadores espartanos que permanecían aún en Tebas. Aparecen nuevamente mencionados en 598F.

[62] Tespias, ciudad beocia próxima a Tebas, en la falda del Helicón. También estaba entonces en poder de Esparta.

[63] Arquias había ido a escoltar a Lisanóridas, como se verá en 594D.

[64] Deméter Tesmóforos era la diosa protectora de la Cadmea. Véase Pausanias, IX 16, 5.

y sus amigos llenos de angustia hacían súplicas y estaban en círculo a su alrededor. Ella, entre tanto, mugía y lanzaba gritos inarticulados, pero, por último, estalló desde su interior un enorme y terrible fuego, hasta el extremo de que ardía la mayor parte de la ciudad y la Cadmea, sin embargo, sólo quedó rodeada de humo, porque el fuego no llegó hasta B
arriba'. Fue así, Carón, la visión que me contó ese hombre. Y yo inmediatamente me sentí lleno de temor, y mucho más, al oír hoy que los desterrados van a alojarse en tu casa, temo que nos colmes a todos nosotros de grandes desgracias, sin haber logrado nada importante contra los enemigos, sino solamente preocuparles. Porque la ciudad yo la pongo con nosotros, pero la Cadmea con ellos, tal como está».

18. Intervino Teócrito conteniendo a Carón, que quería decir algo a Hipostenidas y dijo:

«Por mi parte, Hipostenidas, nada me dio tantos ánimos C
para la conjura, aun habiendo obtenido yo presagios favorables a los exiliados en mis sacrificios, como esa visión. Pues si, como dices, surgió una luz grande y brillante en la ciudad desde una casa amiga y, por el contrario, la vivienda de los enemigos estaba ennegrecida por el humo —que nunca produce sino lágrimas y confusión— y además de nuestro lado partían voces ininteligibles, es forzoso que, aun si intenta denunciarnos alguien, la conjuración se manifieste por su triunfo, al haber habido en torno a ella sólo rumores inseguros y ciegas sospechas. Y es natural que tengan presagios desfavorables cuando hacen los sacrificios. Pues la autoridad y la víctima no son del pueblo sino de quienes mandan.»

Y mientras todavía estaba hablando Teócrito, le dije yo a Hipostenidas: «¿A quién enviaste con el mensaje a los D

exiliados? Pues si no lleva mucha ventaja, saldremos en su busca».

Y respondió Hipostenidas: «No sé, Cafisias —pues debo deciros la verdad— si se podría alcanzar a un jinete que monta el mejor caballo de Tebas. Y es un hombre que conocéis, pues es el jefe de los cocheros de Melón y por Melón está en conocimiento de la conjura desde el principio».

Y yo, que había visto hacía un momento a ese hombre, le dije: «¿No te referirás a Clidón, Hipostenidas, el que venció el año pasado en los juegos de Heracles en las carreras de caballos?».

«El mismo», me contestó.

«¿Y quién es el que está en pie junto a las puertas del patio desde hace un rato mirándonos?» dije yo.

E Volviéndose Hipostenidas exclamó: «¡Es Clidón, por Heracles! ¿Habrá ocurrido alguna desgracia?».

Y Clidón, al ver que nos fijábamos en él, avanzó lentamente desde la puerta. Cuando Hipostenidas lo hizo señas con la cabeza y le ordenó hablar ante todos, como partícipes de la conjura, dijo: «Conozco bien a estos hombres, Hipostenidas, y como no te encontré ni en casa ni en la plaza, me
F imaginé que habrías venido aquí con ellos. Por eso me he apresurado en seguida para que no ignoréis nada de lo ocurrido.

Cuando me ordenaste que a toda velocidad fuera a encontrarme en la montaña[65] con los exiliados, entré en casa para coger el caballo. Mi mujer no me dio las riendas cuando se las pedí y pasó mucho rato en la despensa, como si las buscase y examinase con cuidado lo de dentro. Cuando ya se había burlado bastante de mí, reconoció por fin habérse-

[65] El Citerón, donde iban fingidamente de caza los exiliados en Atenas. Véase más atrás en 576C y n. 7.

las prestado al vecino por la tarde a ruegos de su mujer. Y como yo me enfadé y le hablé mal, se entrega entonces a un lenguaje violento y me maldice deseándome malos caminos de ida y peores de regreso. ¡Lo que, por Zeus, vuelvan con- 588A
tra ella los dioses! Finalmente, llevado por la ira hasta golpearla, acudió una multitud de vecinos y vecinas. Tras haber hecho y sufrido las cosas más desagradables he venido ante vosotros para que enviéis otra persona a esos hombres porque yo, en este momento, estoy completamente mal y fuera de mí».

19. En cuanto a nosotros, nuestra inquietud se transformó extrañamente. Del enfado de un poco antes al vernos obstaculizados en nuestra acción, de nuevo por la premura del momento y la necesidad de rapidez, porque no era posible una demora, pasamos a un estado de angustia y temor. Sin embargo, yo llamé a Hipostenidas y le di la mano, ani- B
mándole con la confianza de que los dioses nos llamaban a la acción. Entonces Fílidas se marchó para ocuparse de su reunión y animar inmediatamente a Arquias a la bebida. Carón, por su parte, se fue a hacer los preparativos necesarios en su casa para recibir a los desterrados. Teócrito y yo regresamos a casa de Simmias para tener ocasión de encontrarnos con Epaminondas.

20. Éstos se encontraban ya frente a una investigación interesante que poco antes habían iniciado Galaxidoro y Fidolao, al interrogarse sobre la naturaleza y facultades del llamado demon de Sócrates. Lo que Simmias replicó a la C
exposición de Galaxidoro no lo llegamos a oír. Pero él mismo, según nos dijo, no había obtenido respuesta de Sócrates cuando le preguntó una vez sobre estos temas. Por eso no le volvió a preguntar, pero estuvo con él en muchas

ocasiones en que calificó de impostores a quienes decían haberse comunicado mediante visiones con algún ser divino, mientras que atendía y se informaba con interés de quienes afirmaban haber oído una voz. Por lo cual, se nos ocurrió suponer, mientras nos interrogábamos en particular unos a otros, que el demon de Sócrates nunca había sido una aparición sino la percepción de una voz o la intelección
D de palabras que se le comunicaban de una forma extraordinaria, como también durante el sueño no se habla realmente, pero creemos oír voces, al recibir impresiones y percepciones de palabras. Y a quienes oyen más cosas, les sucede tal aprehensión en sueños por la tranquilidad y la calma del cuerpo cuando duermen, mientras que en la vigilia su alma es obediente apenas a las cosas superiores, y ellos, sofocados por la turbación de las pasiones y la distracción de los negocios, no pueden escuchar ni prestar atención a las revelaciones. Pero la mente de Sócrates, pura y carente de pa-
E siones, que se mezclaba poco con el cuerpo y sólo en los asuntos necesarios, era sensible y capaz de cambiar rápidamente bajo una impresión. Pero no se podría juzgar esa impresión como un lenguaje hablado sino como palabra del demon que, sin voz, alcanzaba su entendimiento con la misma revelación. Pues la voz se asemeja a un golpe[66], porque el alma recibe la palabra con fuerza , mediante el oído, cuando nos comunicamos unos con otros. Pero el entendimiento del ser superior conduce al alma noble tocándola sólo con el pensamiento, sin necesidad de golpe. En cambio, ella cede cuando el entendimiento relaja o contiene los
F impulsos sin violencia ni oposición de las pasiones, sino flexiblemente y con suavidad como si le soltara las riendas.

---

[66] Para esta concepción de la voz, cf. PLATÓN, *Timeo* 67b, y ARISTÓTELES, *De anima* II 8 (420b29).

Y no debemos asombrarnos cuando vemos, unas veces, grandes naves de carga guiadas por pequeños gobernalles, otras, las ruedas de los alfareros girando regularmente por el contacto de la punta de los dedos. Aunque son objetos inanimados, sin embargo, están construidos para rodar y ceder por su ligereza al movimiento, cuando son impulsados. Pero el alma del hombre, como si estuviera tensada con cuerdas[67] por innumerables impulsos, es con mucho el más dócil instrumento, si se toca con la razón, porque toma estímulo para moverse en el pensamiento. Pues allí, al pensamiento, tien- 589A
den con fuerza los principios de las pasiones y de los impulsos y, si éste se mueve, tiran y arrastran y ponen en tensión al hombre. Principalmente de este modo se da a conocer cuán gran fuerza tiene el pensamiento. Pues los huesos son insensibles, los nervios y la carne están llenos de humores, y la masa constituida por éstos permanece pesada e inerte. Pero en cuanto el alma concibe un pensamiento y le da impulso, se levanta esta masa y se pone en tensión en todos sus elementos y como con alas se encamina a la acción[68].

Y ni siquiera es difícil o totalmente imposible de conocer con qué clase de movimiento, de tensión conjunta o de B
disposición el alma, al recibir un pensamiento, mueve esa masa mediante los impulsos[69]. Pero si la razón con el concurso del pensamiento puede, sin esfuerzo, mover un cuerpo sin ayuda de las palabras, no desconfiaríamos, según creo, de que un entendimiento pueda moverse a causa de otro superior o un alma gracias a otra más divina, que desde fuera realiza el contacto por el que una razón se fija de un modo

[67] El término *hýsplēges* se refiere probablemente a los hilos con que se mueven los personajes en los teatrillos de marionetas.

[68] Véase *De virtute morali* 442C-E.

[69] Puede compararse este pasaje con el cap. 32 de la *Vida de Coriolano* que trata asimismo de la acción del alma sobre el cuerpo.

natural en otra razón, como la luz con su reflejo. Pues, en realidad, conocemos nuestros pensamientos mutuamente por medio de la voz, como si estuviéramos a tientas en la oscuridad. Pero los pensamientos de los démones poseen una luz con la que iluminan a los hombres susceptibles de lo divino,
C sin necedidad de verbos ni de nombres, que utilizan los hombres como símbolos y con los que ven las representaciones e imágenes de sus pensamientos. Y los hombres no los conocen, excepto aquellos que en particular han recibido una iluminación divina, como ya he dicho. Sin embargo, lo que se manifiesta con la voz es, en cierto modo, lo que da ánimos a los incrédulos. Pues el aire, conformado por voces articuladas, llega a ser por entero palabra y voz y dirige así el pensamiento hacia el alma del oyente. Así ¿por qué vamos a asombrarnos de que incluso el aire, transformado gracias a su sensibilidad en el pensamiento mismo de los espíritus mejores, señale a los hombres divinos y extraordinarios la palabra del que recibió el pensamiento? Pues del
D mismo modo que los golpes de los mineros se reciben en escudos de bronce[70] gracias al eco de respuesta cuando suben de la profundidad y los hieren con su sonido, pero pasan velozmente sin ser percibidos por los demás cuerpos, así las palabras de los démones son llevadas a través de todos, pero sólo tienen eco en las personas de carácter apacible y alma tranquila, a quienes llamamos hombres sagrados y divinos. La gente cree que el demon inspira a los hombres durante el sueño solamente y considera algo asombroso e increíble el que puedan conmoverse igualmente despiertos y en plenas facultades de raciocionio. Y esto es como si pensáramos que el músico toca la lira si sus cuerdas están sin tensar, pero no la toca cuando está ajustada y afinada en sus

[70] Véase Heródoto, IV 200, 2-3.

tonos. Esto sucede porque no ven la causa, es decir, la falta de armonía y equilibrio en los hombres. De ella estaba libre Sócrates, nuestro amigo, como lo profetizó el oráculo recibido por su padre, cuando él era todavía niño. En efecto, el oráculo ordenó que le dejaran hacer lo que se le ocurriera, que no le obligaran ni le disuadieran en sus impulsos sino que le dejaran libre al muchacho, rogando por él a Zeus Agoreo[71] y a las Musas. En las demás cosas no debían ocuparse de Sócrates, en la idea de que sin duda tenía en sí mismo un guía mejor para su vida que innumerables maestros y pedagogos. E

21. «Por nuestra parte, Fidolao, en vida de Sócrates y después de su muerte siempre hemos pensado así sobre el demon y no hemos hecho aprecio alguno de quienes lo presentaban como ruidos, estornudos o alguna cosa semejante. Pero el relato que oí a Timarco de Queronea sobre este tema no sé si es mejor callarlo, porque quizá se asemeje más a mito y ficción que a una historia real.» F

«De ningún modo», dijo Teócrito, «cuentánoslo. Porque el mito, aunque no es demasiado exacto, atañe en cierto modo a la verdad. Pero dinos lo primero quién era ese Timarco. Pues yo no lo conocí». 590A

«Y con razón, Teócrito», le contestó Simmias, «pues perdió la vida muy joven, después de pedir a Sócrates que le enterraran junto a su hijo Lamprocles, muerto pocos días antes y que era amigo suyo y de su misma edad[72]. Pues bien, Timarco deseaba conocer cuál era el poder del demon de Sócrates, ya que era un muchacho nada vulgar y que,

[71] El Zeus que estaba en el ágora o plaza del mercado.

[72] Por las noticias que tenemos, los tres hijos de Sócrates vivían cuando su padre bebió la cicuta. Comete aquí Plutarco otro anacronismo, quizá fundado en la no realidad del relato que está haciendo.

desde hacía poco, gustaba de la filosofía. Así, tras comunicarlo a Cebes y a mí solamente, bajó a la gruta de Trofonio[73] cuando ya había hecho los ritos pertinentes del oráculo. Permació abajo dos noches y un solo día y, cuando la mayoría ya desesperaba de su vida y sus familiares le lloraban, subió de mañana resplandeciente. Y tras prosternarse ante el dios, tan pronto como escapó de la multitud, nos comenzó a narrar muchas cosas asombrosas de ver y oír».

B

22. «Contaba que, al bajar al oráculo, se encontró al principio en una terrible oscuridad. Después oró y estuvo echado largo tiempo, sin darse cuenta claramente de si estaba despierto o en sueños. Le pareció, sin embargo, que se había herido la cabeza de un golpe seguido por un ruido sordo y que las suturas abiertas dejaban salir a su alma. Cuando ésta se alejó y se mezcló gozosa en el aire radiante y puro, le parecía que primero tomó aliento un largo rato, tras haber estado hasta entonces comprimida, y que se hacía mayor que antes, como una vela desplegada. Después, oyó oscuramente un susurro que, corriendo por encima de su cabeza, emitía una voz suave. Al mirar hacia arriba ya no vio la tierra. Vio, en cambio, unas islas iluminadas por un suave fuego y que cambiaban entre sí de colorido, ahora un color, luego otro, como un tinte, al tiempo que la luz variaba en sus transformaciones. Parecían incontables en número y de un tamaño extraordinario pero no eran todas iguales, aunque sí redondas en una forma parecida. Mientras se movían

C

[73] El Oráculo de Trofonio se hallaba en Lebadia (Beocia). Este semidiós ctónico, hijo de Agamedes, o de Apolo según otros, revelaba sus mensajes por medio del sueño. Puede leerse una completa relación sobre tal procedimiento en PAUSANIAS, IX 39.

en círculo, creía que el éter susurraba una música[74]. En efecto, la suavidad de aquella voz armonizada con todos los D tonos se acordaba con la levedad del movimiento. Por medio de las islas corría un mar o lago brillante de colores mezclados a través de su azul. Pocas islas navegaban por el paso y atravesaban la corriente. Otras muchas, en cambio, eran llevadas por ésta, porque el mismo mar giraba de forma igual y suave[75]. El mar era muy profundo sobre todo hacia el sur, pero en otros lugares era una marisma estrecha y poco profunda. En muchas partes, rebosaba y bajaba nuevamente, sin ocupar una gran extensión. Su colorido era en E unas zonas puro y marino, pero en otras era sucio, turbio y como propio de un pantano. Las islas emergían al mismo tiempo rodeadas por las rompientes y, sin embargo, no llegaban al mismo punto de partida ni describían un círculo, pero paulatinamente progresaban en su recorrido formando una espiral simple en su revolución. Y a su parecer, el mar F de estas islas se inclinaba en un ángulo un poco inferior a la octava parte del total hacia la parte media y mayor de la atmósfera. El propio mar tenía dos bocas que, desde direcciones opuestas, recibían ríos de fuego, hasta el punto de que hervía al retroceder y su azul se volvía blanco[76]. Él veía todo esto gozando con el espectáculo. Pero cuando miró hacia abajo vio una gran sima redonda, como una esfera cortada.

---

[74] Es, como un poco antes, la música de las esferas. R. M. Jones, *The Platonism of Plutarch*, Chicago, 1916, pág. 60, n. 153, y G. Méautis, «Le mythe de Timarque», *Revue des Études Anciennes* (1950), 201-211, aluden a la influencia pitagórica en este mito.

[75] Este pasaje está muy corrompido y resuelto mediante conjeturas.

[76] Nótese el paralelismo entre este pasaje y el *De sera* 563F, en la semejanza entre la descripción de las islas con la de las estrellas, y aún otros puntos como los ríos de fuego o la importancia dada al simbolismo de los colores.

Era terrible y profunda, llena de una enorme obscuridad, pero no estaba en reposo sino agitada frecuentemente como por el oleaje. Desde allí se oían innumerables aullidos y gemidos de animales, llantos de innumerables recién nacidos, lamentos mezclados de hombres y mujeres, ruidos de
591A todo género y alborotos que subían confusamente desde la profundidad con lo que él mismo se asustó no poco[77].

Y cuando pasó cierto tiempo, alguien a quien no veía le dijo[78]:

'Timarco, ¿qué deseas saber?'

Él le respondió: 'Todo. Pues ¿qué hay aquí que no sea asombroso?'

'Nosotros tenemos poca relación con las regiones superiores', dijo la voz. 'Pues aquellas regiones pertenecen a otros dioses. La parte de Perséfone, que nosotros cuidamos, es una sola de las cuatro que limita la Estigia y puedes verla si quieres'[79]

[77] Hay diversas interpretaciones para este pasaje. Para algunos como F. Cumont, *Recherches sur le symbolisme funeraire des Romains,* París, 1966, pág. 136, n. 3, se trata del Tártaro, y lo ve confirmado en una relación etimológica por el término *ektarattoménou* «agitado», referido a la esfera. En cambio otros, como R. Heinze, *Xenocrates,* Leipzig, 1892, pág. 35, R. M. Jones, *op. cit.*, pág. 57, y G. Méautis, *op. cit.*, pág. 208, especialmente, ven en este abismo como una esfera cortada a nuestro planeta, la tierra, porque todas las almas (= estrellas) se mueven a su alrededor y se ven atraídas a otro nacimiento en ella. Para F. Cumont, *op. cit.*, pág. 56, n. 2, no sería posible tal símil porque la tierra desde un lugar más alto no puede verse cóncava sino convexa. Y. Vernière, en *Symboles et mythes dans la pensée de Plutarque,* París, 1977, apoya este último punto de vista.

[78] Esta voz que habla a Timarco es probablemente la de un demon.

[79] Las cuatro partes que cita el demon serán: la primera la que está fuera de la esfera celeste; la segunda entre ésta y el camino del sol; la tercera entre el camino del sol y el de la luna; la cuarta o de Perséfone en el camino de la luna, es decir, la sombra de la tierra. La tierra —véase la

Él le preguntó qué era la Estigia y le respondió la voz: 'Es el camino hacia el Hades. Avanza desde enfrente separando en su cima la luz. Sube, como ves, desde abajo, desde B el Hades y donde, en su revolución, toca la luz, limita la última región del universo. Cuatro son los principios de todas las cosas. El primero es el principio de la vida, el segundo del movimiento, el tercero del nacimiento y el último el de la corrupción. La Unidad une el primero con el segundo en el dominio de lo invisible, el Entendimiento el segundo con el tercero en el del Sol, la Naturaleza el tercero con el cuarto en el de la luna. La Moira, hija de la Necesidad, es quien guarda cada una de estas uniones: Átropo la primera, la segunda Cloto, Láquesis la de la luna, en torno a la cual se halla la curva del nacimiento[80]. Las demás islas están ocu- C padas por dioses. La luna, sin embargo, es la morada de los démones terrestres. Por eso, huye de la Estigia, elevándose un poco por encima, pero es alcanzada una vez en cada ciento setenta y siete medidas secundarias[81]. Cuando se

---

nota 7— se identifica con el Hades y la sombra de la tierra es la Estigia, como se explica a continuación. Cf. también el *De facie quae in orbe lunae apparet* 942F.

[80] Véase para este pasaje *De fato* 568E, y *Fac. Lun.* 945C; también *Quaest. conv.* 745B. La fuente está en Jenócrates, cf. Sexto Empírico, *Adversus logicos* 1, 149, y, en última instancia, en Platón, *Fedón* 72b y *República* 617c. Respecto a la expresión «curva del nacimiento», traducimos con ella *hē kampḕ tês genéseōs*, donde *kampé* es el término que designa la curva que toma el carro al doblar la pista en las carreras; aquí se refiere al punto en que es imprescindible emprender un nuevo nacimiento. Esta misma expresión la emplea Plutarco en *Consol. ad uxor.* 611F, y en el frag. [Sandbach] del *De anima*.

[81] La medida secundaria designaba, al parecer, el tiempo entre dos amaneceres, y 177 equivaldrían a seis meses lunares (de luna llena a luna llena 29½ cada mes), tras los cuales regularmente hay un eclipse de luna en el que la luna entra en el cono de sombra de la tierra (= Estigia aquí). La medida primaria sería el año. Véase *Fac. Lun.* 942F, y R. Fla-

acerca la Estigia las almas gritan despavoridas. En efecto, el Hades arrebata a muchas mientras se deslizan alrededor. A otras, a quienes llegó el tiempo de terminar su ciclo de nacimientos, les recoge la luna cuando desde abajo se acercan nadando, excepto si están mancilladas o impuras. A ésas la luna no les permite acercarse, lanzando rayos y mugidos de un modo terrible. Ellas, entonces, gimiendo por haber perdido su propio destino, son conducidas otra vez a las regiones inferiores para un nuevo nacimiento, como puedes ver'[82].

D 'Yo no veo nada', dijo Timarco, 'sino muchas estrellas que tiemblan en torno a la sima y otras que se hunden dentro de ella, mientras otras saltan de nuevo desde abajo'.

Y la voz dijo: 'Ignoras que estás viendo a los propios démones. Pues sucede del modo siguiente. Todas las almas participan del entendimiento y ninguna carece de razón e inteligencia. Ahora bien, cuanta parte de ellas se mezcla con la carne y las pasiones, se altera y se convierte en irracional por los placeres y dolores. Pero no todas las almas se mezclan del mismo modo. Unas se hunden por entero en el cuerpo y, perturbadas en su totalidad, se encuentran completamente sacudidas por las pasiones a lo largo de la vida.
E Otras se mezclan en parte, pero en parte dejan fuera el elemento más puro. Éste no es arrastrado con lo demás y flota en la superficie tocando la cabeza del hombre, cuando éste se hunde en la profundidad, como la parte superior de una boya; si el alma se endereza en su torno sostiene a cuanto le obedece y no está sometido a las pasiones. Pues se llama

---

CÉLIÈRE, «Plutarque et les éclipses de lune», *Rev. des Ét. Anc* (1951), 203-221.

[82] Todo este pasaje es paralelo a *Fac. Lun.* 943A, en adelante. Véase también PLATÓN, *República* 615d-e. Puede consultarse también Y. VERNIÈRE, *op. cit.*, pág. 270.

alma lo que se lleva sumergido en el cuerpo. Lo que queda
libre de la corrupción la gente lo llama entendimiento por
creer que está dentro de ellos, como lo creen de los objetos
cuyas imágenes se reflejan en los espejos. Pero otros, al su-
poner con razón que está fuera, lo llaman demon[83]. En las
estrellas que parecen extinguirse, Timarco', continuó la voz,
'debes ver las almas hundidas enteramente en el cuerpo;
otras que brillan de nuevo y reaparecen desde el fondo co- F
mo si se sacudieran, igual que fango, tiniebla y obscuridad,
son las que desde sus cuerpos navegan hacia arriba después
de la muerte. Y las que se mueven en lo alto son los démo-
nes de los hombres de quienes se dice que poseen entendi-
miento. Prueba a ver el lazo[84] con que cada uno está unido
al alma'.

Después de haber oído esto, puso más atención y vio las
estrellas flotando unas más alejadas, otras más cerca, como 592A
se ve flotar en el mar los corchos que señalan las redes. Al-
gunas recorrían, a modo de los husos cuando hilan, una es-
piral enmarañada y desigual porque no podían dirigir sus
movimientos en línea recta. Y la voz explicaba que los que
describían un movimiento recto y ordenado tenían las almas
bien embridadas por su crianza y educación, cuya parte
irracional no era en exceso dura ni obstinada. En cambio,
los que se inclinaban sucesivamente hacia arriba y hacia
abajo de un modo irregular y confuso, como si sacudieran B
su atadura, luchaban contra el yugo de un carácter indómito

---

[83] Aquí encontramos nuevamente desarrollada la teoría del alma y su división en parte superior e inferior, como se puede ver en el mito de Tespesio en el *Ser. num. vind.* 564C. La diferencia radica principalmente en identificar aquí esa parte superior o *noûs* con un demon. Teoría semejante desarrolla el *De facie in orbe Lunae.*

[84] Respecto al lazo, véase *Ser. num. vind.* 564C, donde se habla de que el alma está sujeta como por un ancla.

y desobediente por falta de educación. Unas veces vencían y se volvían a la derecha, pero doblegadas otras veces por las pasiones y arrastradas por sus errores, de nuevo las resistían y se oponían con fuerza. Pues la atadura, como un bocado puesto a la parte irracional del alma, cuando el demon tira al lado contrario, suscita el llamado arrepentimiento por los errores y la vergüenza de aquellos placeres ilícitos y licenciosos; hay desde ahí dolor y heridas del alma, frenada por quien la domina y gobierna, hasta que, con ese
C castigo, se hace obediente y dócil como un animal doméstico, percibiendo a su demon sin golpes ni dolores, rápidamente, por medio de signos y señales. 'Esas almas, en efecto, tardía y lentamente se dejan llevar y conducir a su deber. En cambio, de aquellas otras, bien embridadas y obedientes desde el nacimiento a su demon particular, procede la raza de adivinos y profetas[85]. A ésta pertenecía el alma de Hermodoro de Clazómenas[86], de la que sin duda habrás oído cómo abandonaba totalmente su cuerpo durante la noche y
D andaba errante durante el día por muchos lugares. Después regresaba nuevamente tras haber oído y visto muchas cosas dichas y ocurridas lejos, hasta que por la traición de su mujer sus enemigos quemaron en su casa el cuerpo cuando estaba ausente el alma. Pero esto, por cierto, no es verdad. Pues el alma no salía del cuerpo, sino que por soltar y rela-

[85] En esta parte del relato del demon se repiten conceptos y símiles ya conocidos por el mito de Tespesio, así la espiral, en *Ser. num. vind.* 564A; pero otros pertenecen al acervo platónico como las riendas en las «almas bien embridadas», y el «bocado» puesto a la parte irracional del alma, etc. (cf. el mito del carro alado del *Fedro* 246b ss.), aunque Plutarco haga uso de todo ello constantemente.

[86] Hermodoro es un lapsus de Plutarco por Hermotimo, ya que con este segundo nombre aparece en otras fuentes. Puede consultarse sobre el personaje E. Rohde, *Psique*, Barcelona, Labor, t. II, pág. 364, n. 81.

jar la atadura a su demon podía dar éste grandes recorridos y paseos y así contaba muchas cosas vistas y oídas fuera. Y los que destruyeron su cuerpo mientras dormía, pagan aún su culpa en el Tártaro. Pero sabrás esto, muchacho, con más precisión cuando pasen dos meses. Ahora márchate', dijo la E
voz.

Al cesar de hablar la voz, quiso Timarco, según dijo, volverse y ver quién era el que había hablado. Pero de nuevo le dolió muy fuerte la cabeza, como si se la apretaran con violencia, y no pudo ver ni saber nada de lo que le sucedió. Sin embargo, al recobrarse un poco después, se vio en el antro de Trofonio echado junto a la entrada, donde se había acostado desde el principio.

23. Éste es el mito de Timarco. Cuando vino a Atenas, murió a los dos meses tal como profetizó la voz[87]. Nosotros asombrados se lo dijimos a Sócrates quien nos reprochó el no habérselo contado antes, en vida de Timarco, porque con gusto lo habría oído a Timarco mismo y le habría preguntado más detalles sobre el tema.

Tienes ahora, Teócrito, el mito con el discurso. Pero mi- F
ra si debemos invitar al extranjero en nuestra investigación, ya que es muy apropiada y conveniente para hombres inspirados.»

«¿Y por qué no aporta Epaminondas su parecer?», dijo el extranjero. «Pues parte de las mismas doctrinas que yo.»

Y nuestro padre sonriendo le respondió: «Su carácter, extranjero, es silencioso y circunspecto en la conversación, pero insaciable en aprender y escuchar. Por eso, Espíntaro

[87] En estas visiones puede haber predicciones de la muerte propia, así también en *Ser. num. vind.* 566D.

el Tarentino[88], que ha pasado aquí con él no poco tiempo, dice siempre que nunca se ha encontrado con ningún hombre de su generación con más conocimientos y menos palabras. Tú
593A mismo debes exponer lo que piensas sobre este relato».

24. «Pues bien», dijo, «en cuanto a mí, afirmo que el discurso de Timarco, como sagrado e inviolable, debe ser dedicado al dios[89]. Y me asombra que algunas personas puedan desconfiar de las palabras de Simmias, cuando llaman sagrados a los cisnes, serpientes, perros y caballos y, sin embargo, no pueden creer en hombres inspirados y gratos a la divinidad, incluso considerando a Dios no amigo de las aves sino de los hombres. Igual que un aficionado a los caballos no se preocupa del mismo modo de todos los de la
B misma raza sino que cada vez elige el mejor caballo y lo separa, ejercitándolo, criándolo y mimándolo de una forma especial, también quienes están sobre nosotros marcan a los mejores, como de entre una manada, y los honran con una educación singular y especial, no guiándolos con riendas ni bridas sino con la palabra, mediante signos que la gente vulgar y gregaria no advierte en absoluto. Tampoco la mayor parte de los perros comprende las señales de los cazadores ni los caballos las de sus jinetes; pero los que las han aprendido perciben en seguida fácilmente la orden por el
C silbido o el chasquido de la lengua lo que se les pide. Y Homero, al parecer, conocía esa distinción de la que habla-

[88] Espíntaro de Tarento, filósofo pitagórico, amigo de Sócrates y también músico. Fue padre del historiador de la música Aristóxeno. Aparece también en *De recta ratione audiendi* 39B.

[89] Pausanias, IX 39, 14, habla de la costumbre de dedicar una tablilla votiva con el relato de la visión o de las voces oídas, por quienes habían consultado al dios.

mos nosotros[90]. Pues a ciertos adivinos los llama augures[91] y sacerdotes[92], pero cree que otros podían predecir el futuro por su comprensión y conocimiento gracias a su conversación con los dioses, cuando dice:

Heleno, hijo de Príamo, percibió en su ánimo el plan que había sido grato a los dioses cuando deliberaban[93].

y

pues así yo oí la voz de los dioses inmortales[94].

Del mismo modo que los reyes y generales manifiestan y dan a conocer su intención a los de fuera con antorchas, heraldos o trompetas, pero se las comunican personalmente a sus fieles e íntimos, así la divinidad por sí misma se comu- D
nica con pocos y en raras ocasiones, pero da señales para la mayoría y en esas señales consiste la adivinación. En efecto, los dioses ordenan la vida de pocos hombres, a quienes quieren hacer en verdad especialmente bienaventurados y divinos. Y las almas apartadas del nacimiento y sin relación en adelante con un cuerpo, totalmente liberadas, son «démones al cuidado de los hombres», según Hesíodo[95]. Y como los atletas que por vejez han dejado de entrenar no pierden totalmente su sentido de la emulación y su amor al cuerpo y, cuando ven a otros entrenarse, se alegran, los animan y corren junto a ellos, así, quienes han cesado en las E

[90] Se refiere a la distinción que hacían los estoicos entre la adivinación artificial que interpreta presagios y la adivinación natural que se da en la inspiración y en los sueños. Cf. Cicerón, *De div.* I 6 (11).

[91] *Ilíada* I 69, VI 76.

[92] *Ilíada* I 62, XXIV 221.

[93] *Ilíada* VII 44-45.

[94] *Ilíada* VII 53.

[95] Hesíodo, *Trabajos y Días* 122 ss.

competiciones de la vida y por la virtud de su alma se han convertido en démones, no desprecian en absoluto los asuntos, conversaciones y cuidados de este mundo, sino que benévolos con quienes se ejercitan para un mismo fin, los estimulan en la virtud, los exhortan e impulsan cuando ya los ven alcanzar en su competición el objeto de su esperanza. Pues la ayuda divina no ocurre de un modo ca-
F sual. Sucede lo mismo que con los nadadores en el mar; los que están en la orilla sólo miran en silencio a quienes nadan todavía lejos de la tierra, pero corren al encuentro de los que están cerca ya, se meten en el agua y, al socorrerlos con sus manos y su voz, los ponen a salvo. Pues así, amigos, es la forma de proceder del demon. Nos permite, mientras estamos sumergidos en los asuntos terrenos y cambiamos sucesivamente de cuerpo, como vehículo, esforzarnos y ejercitar la paciencia, cuando intentamos salvarnos por la virtud propia y tocar puerto. Pero cuando un alma, que ha competido ya con innumerables nacimien-
594A tos en grandes combates bien y valerosamente, al cumplirse su ciclo, se acerca, bañada en sudor con riesgo y emulación, a su salida al mundo de arriba, Dios no se irrita porque su demon particular la ayude sino que también se lo permite a quien desee ayudarla. Y un demon desea liberar por sus consejos a un alma, otro a otra. El alma, por su parte, por acercarse, le escucha y así se salva; pero si no obedece, al abandonarla el demon, se aleja sin alcanzar felizmente su fin».

25. Cuando terminó de hablar Teánor, Epaminondas miró hacia mí y dijo: «Ya es hora, Cafisias, de que marches
B al gimnasio y no abandones a tus compañeros. Nosotros nos ocuparemos de Teánor, cuando nos parezca disolver la reunión».

Y yo le repliqué: «Lo haré así. Pero pienso que Teócrito, aquí presente, quiere hablar contigo en presencia de Galaxidoro y mía».

«Que hable en buena hora», dijo. Y levantándose se dirigió delante de nosotros a un rincón del pórtico. Nosotros le rodeamos e intentamos animarle a la acción. Él conocía con exactitud, nos dijo, el día del regreso de los desterrados e incluso con Górgidas había organizado a los amigos para esta ocasión. Ahora bien, no quería que muriera sin juicio ningún ciudadano, a no mediar una extrema necesidad. Y, c
además, coincidía con el interés del pueblo tebano que hubiera algunos sin culpa ni responsabilidad en lo sucedido, quienes, sin sospechas ante el pueblo, le podrían aconsejar en las mejores condiciones. Esto nos pareció bien. Y él se retiró de nuevo con Simmias mientras nosotros bajamos al gimnasio y nos encontramos con nuestros amigos. Mientras cambiábamos de compañero en la lucha, intercambiábamos información y nos comprometíamos para la empresa. Vimos también a Arquias y a Filipo[96], recién ungidos de aceite, que se marchaban al banquete. Pues Fílidas, por temor de D
que ejecutaran antes a Anfíteo, había tomado consigo a Arquias tras haber escoltado éste a Lisanóridas y, dándole esperanzas de que llegaría para el banquete la mujer casada que él deseaba encontrar, le persuadió a entregarse al abandono y relajamiento con sus habituales compañeros de francachela.

26. Era ya tarde y apretaba el frío cuando se levantó viento. Por eso, la gente regresó rápidamente a sus casas. Nosotros nos encontramos con Damoclidas, Pelópidas y

[96] Filipo aparece citado por JENOFONTE, *Helénicas* V 4, 2, y PLUTARCO, *Vida de Pelópidas* 9, 2.

Teopompo[97] y los recibimos, otros recibieron a otros exilia-
E dos (pues se habían separado en cuanto cruzaron el Citerón) y el mal tiempo les facilitó atravesar sin temor la ciudad con las caras cubiertas. Algunos vieron relampaguear a la derecha —sin que tronara—, cuando entraban por las puertas. Esta señal les pareció favorable para su seguridad y gloria, en la idea de que la acción iba a resultar brillante y sin peligro.

27. Pues bien, cuando todos estábamos dentro —éramos cuarenta y ocho— y ya Teócrito había hecho por sí mismo sacrificios en una habitación, se oyó golpear muy fuertemente la puerta. Al poco, llegó uno y anunció que dos
F servidores de Arquias, enviados con urgencia a Carón, estaban golpeando la puerta del patio y ordenaban abrir y se irritaban por la tardanza en responder. Alarmado, Carón les ordenó abrir inmediatamente y él mismo fue a su encuentro con la corona en la cabeza —como si hubiera hecho sacrificios y estuviera bebiendo— y preguntó a los servidores qué querían. Y uno respondió: «Arquias y Filipo nos enviaron con órdenes de que tú vayas a su casa lo más pronto posible».

Y al preguntar Carón cuál era la urgencia para mandarle buscar en ese momento y si había sucedido algo nuevo, respondió el servidor:

«Nada más sabemos. Pero ¿qué les vamos a contestar?».

«Que, por Zeus», dijo Carón, «en cuanto deje la corona y coja el manto, os seguiré. Pues si marcho con vosotros a esta hora, preocuparé a algunas personas pensando que voy detenido».

[97] Damoclidas y Teopompo tanto como Pelópidas son participantes históricos en la conjuración. Damoclidas fue beotarca el año 371.

«Hazlo así», dijo. «Pues nosotros debemos también llevar una orden de los jefes a la guarnición de la ciudadela.» 595A

Aquéllos se marcharon. Cuando Carón entró a donde nosotros estábamos y explicó la situación, a todos nos dio un sobresalto, al pensar que habíamos sido descubiertos. La mayoría sospechaba que Hipostenidas, al intentar impedir el regreso por medio de Clidón, cuando falló éste y el miedo se apoderó de nosotros en ese momento, en su temor, había denunciado la conspiración y había hallado crédito. En efecto, no había llegado con los demás a la casa y, en suma, nos parecía un cobarde e inconstante. Sin embargo, todos pensamos que Carón debía ir y atender la llamada de los magistrados. Éste ordenó venir a su hijo, que era el más B hermoso muchacho tebano, Arquedamo, y el más diligente en los ejercicios gimnásticos. Tenía ya casi quince años y sobresalía entre los de su edad por su fuerza y estatura. «Éste es mi único hijo, amigos», dijo, «y muy querido como sabéis. Os lo entrego confiándolo a vosotros todos en nombre de los dioses y démones. Si os pareciera que me comporto cobardemente con vosotros, matadle, no nos tratéis con miramientos. Por lo demás, afrontad lo que ha sucedido como hombres valerosos. No dejéis a los enemigos destruir C vuestros cuerpos sin coraje ni gloria. Defendeos, guardando invencibles vuestras almas para la patria».

Cuando Carón terminó de hablar, admiramos su juicio y su nobleza. Nos irritamos, no obstante, por su sospecha y ordenamos marcharse al muchacho.

Y dijo Pelópidas: «Ni siquiera creo que hayas decidido bien cuando no mandaste a tu hijo a otra casa. ¿Por qué debe correr riesgos, encerrado aquí con nosotros? Ahora debes enviarle fuera para que, si nos sucede alguna desgracia, crezca como noble vengador nuestro contra los tiranos».

D «No es posible», dijo Carón. «Permanecerá aquí y con
vosotros correrá el peligro. Pues ni siquiera estaría bien que
cayera en manos de los enemigos. Ten valor conforme a tu
edad, hijo mío, al tomar parte en estas competiciones obli-
gadas. Arriésgate con muchos ciudadanos valerosos por la
libertad y la virtud. Queda aún mucha esperanza y, en algún
lugar, un dios nos contempla mientras combatimos por la
justicia.»

28. Las lágrimas acudieron a muchos de nosotros, Ar-
quedamo, ante sus palabras. Él, en cambió, sin llorar ni
conmoverse, entregó su hijo a Pelópidas y marchó por la
puerta estrechándonos la mano a cada uno y dándonos áni-
mos. Pero aún más habrías admirado la serenidad del propio
E muchacho y su ausencia de miedo ante el peligro. Como
Neoptólemo[98], ni palideció ni se asustó, por el contrario,
desenvainando la espada de Pelópidas se puso a estudiarla.

Mientras tanto Cefisodoro, el hijo de Diogitón[99], uno de
nuestros amigos, se presentó ante nosotros con la espada y
la coraza puesta. Cuando se enteró de que Carón había sido
mandado llamar por Arquias, nos acusó por nuestra demora
y nos incitó a marchar inmediatamente a las casas. Pues nos
deberíamos apresurar a caer sobre ellas tomando la delante-
ra; y si no teníamos éxito, era mejor avanzar al descubierto
y trabar combate con gente sin orden y dispersar que aguar-
F dar metidos en una habitación, como un enjambre, a ser
exterminados por los enemigos. El adivino Teócrito tam-
bién nos urgía, porque sus sacrificios habían sido propicios
a nuestra salvación y garantizaban nuestra seguridad.

---

[98] El hijo de Aquiles cuya participación en la Guerra de Troya, tras la muerte de éste, era necesaria para la toma de la ciudad.

[99] El nombre de Diogitón es conjetura de Wilamowitz. Este personaje fue beotarca en 364-363. Cefisodoro es una figura histórica.

29. Cuando todavía nos estábamos armando y disponiendo para la lucha regresó Carón con el rostro alegre y sonriente y con la mirada en nosotros nos animó a tener confianza, porque no había motivo alguno de temor y nuestro plan estaba en marcha. «Pues Arquias», dijo, «y Filipo, cuando oyeron que yo había llegado por su llamada, ya es- 596A
taban cargados de vino y con el alma tan disipada como el cuerpo y, sin poderse levantar apenas, avanzaron afuera a la puerta. Y al decir Arquias: 'Carón, he oído que los desterrados han vuelto y se han encondido en la ciudad', le contesté no poco conturbado: '¿Dónde están según esas noticias y quiénes son?' 'Lo ignoramos', dijo Arquias, 'y por eso mandamos por ti, a ver si tú casualmente habías oído algo más concreto'.

Y yo, recobrando como de golpe el juicio, calculé que no era segura la delación, que ni siquiera nuestra empresa B
había sido desvelada por alguno de quienes la conocían. Pues ellos entonces no habrían ignorado cuál era la casa, si alguien con verdaderos conocimientos lo hubiera denunciado. Más bien se trataba de una sospecha o de un rumor que corría por la ciudad y que había llegado hasta ellos. Entonces yo le dije: 'En vida de Androclidas[100] he sabido frecuentemente que tales historias se han difundido a la ligera y que nos intranquilizaron relatos falsos. Pero ahora, Arquias, no he oído nada parecido. Voy a investigar este rumor, si me lo pides, y si me entero de algo digno de atención no quedaréis sin saberlo'.

'Por supuesto', contestó Fílidas. 'No dejes nada sin in- C
vestigar ni conocer, Carón, sobre este asunto. ¿Qué nos im-

[100] Androclidas había sido el jefe de la oposición espartana. Cuando la Cadmea fue ocupada por Esparta, huyó a Atenas, donde fue asesinado por orden de Leontiades (*Vida de Pelópidas* 6, 3).

pide no descuidar nada sino vigilar y prestar atención a todo? Pues es una buena cosa la previsión y la seguridad'. Y al mismo tiempo tomó del brazo a Arquias y se lo llevó a la casa donde se encontraban bebiendo.

Por tanto, no nos demoremos, amigos», dijo. «Salgamos tras dirigir nuestras súplicas a los dioses.»

Cuando Carón hubo dicho estas palabras, rogamos a los dioses y nos dimos mutuamente ánimos.

30. Era la hora en que la gente generalmente está cenando. Se había levantado más viento y ya había traído nieve mezclada con una lluvia muy fina y ligera, de modo que las calles estaban desiertas cuando pasábamos. Unos recibieron órdenes de ir a casa de Leontiades e Hípates[101] —que
D vivían muy cerca— y salieron con sólo una espada en los mantos como arma. Entre éstos estaban Pelópidas, Damoclidas y Cefisodoro. Carón, Melón y los que con ellos debían atacar a Arquias llevaban puesto el peto de la coraza y grandes coronas, unos de abeto, otros de pino; algunos incluso llevaban vestidos femeninos e imitaban a borrachos en un cortejo de mujeres.

Pero la peor suerte, Arquedamo, equilibró el descuido y la ignorancia de los enemigos con nuestro arrojo y preparación. Como en un drama, adornó desde el comienzo variamente nuestra acción con episodios peligrosos y concurrió
E al mismo desenlace de la obra, añadiendo una precipitada y temible prueba en una peripecia inesperada. Pues, mientras Carón, tras entrevistarse con Arquias y Filipo, regresó a casa y nos preparaba para la acción, había llegado desde

[101] Otro jefe del partido favorable a Esparta, posiblemente también polemarco.

aquí[102] una carta de Arquias el hierofante a Arquias el de Tebas, que era su amigo y huésped según parece, revelando el regreso de los exiliados, su conspiración, la casa donde habían encontrado albergue y los comprometidos con ellos. Estaba Arquias ya muy acabado por el vino y, trastornado por la espera de las mujeres, tomó la carta y, aun habiéndole dicho el mensajero la importancia para él de los asuntos que trataba, le contestó: «Los asuntos de importancia para mañana». Y depositó la carta bajo la almohada. Después pidió una copa, ordenó servir más vino y continuamente enviaba a Fílidas a la puerta para ver si llegaban las mujeres. F

31. Mientras entretenían la espera con la bebida, llegamos nosotros, y lanzándonos enseguida en medio de los criados a la sala del banquete, quedamos en pie un poco tiempo en la puerta, observando a cada uno de los allí reclinados. La vista de nuestra coronas y de las vestimentas produjo el engaño sobre nuestra presencia y causó silencio. Pero cuando Melón se dirigió el primero por medio con la mano en la empuñadura de la espada, Cabírico, el magistrado elegido a suerte, agarrándole por el brazo mientras avanzaba, gritó: «¿No es éste Melón, Fílidas?» Melón, entonces, se soltó de él y desenvainando al mismo tiempo su espada corrió hacia Arquias, que se levantaba con dificultad, y no cesó de golpearle hasta que lo mató. 597A

[102] Atenas. No olvidemos que Cafisias hace su relato durante la embajada en esta ciudad. En cuanto al primer Arquias, pertenecía a la clase sacerdotal más importante de Atenas. El cargo de hierofante pertenecía a la familia de los Eumólpidas, descendientes del legendario Eumolpo, hijo de Posidón, y tenía a su cargo el culto de Deméter y Perséfone.

A Filipo lo hirió Carón junto al cuello, y mientras se de-
B fendía con las copas que estaban ante él, Lisíteo, arrojándole al suelo desde el lecho, lo mató.

Nosotros intentábamos calmar a Cabírico, amonestándole para que no socorriera a los tiranos sino que libertara con nosotros a la patria, pues por ser sacerdote y estar consagrado a los dioses debería ayudarla. Pero como a causa del vino no estaba propicio a razonar sobre lo que le convenía, se levantó exaltado y trastornado blandía ante sí por la punta la lanza que, según costumbre, siempre llevan nuestros magistrados. Yo la cogí por el medio y levantándola encima de mi cabeza le gritaba que la soltara y se salvase, porque si no,
C resultaría herido. Pero Teopompo, en pie a su derecha, le hirió con la espada y dijo: «Yace aquí con los que adulabas. Nunca aparezcas coronado en una Tebas libre ni hagas ya sacrificios a los dioses ante quienes hiciste tantas imprecaciones contra tu patria, cuando muchas veces suplicabas a favor de sus enemigos». Y cuando cayó Cabírico, Teócrito a su lado sacó de la sangre la lanza sagrada. Nosotros matamos a unos pocos criados que se atrevieron a defenderse, pero a los que estaban tranquilos los encerramos en la sala del banquete porque no queríamos que se escaparan y anunciaran lo sucedido antes de saber si también había tenido éxito la acción de los otros.

D **32.** Aquella otra parte ocurrió de la forma siguiente. Pelópidas y los suyos avanzando en silencio llamaron a la puerta exterior de Leontiades y, al criado que abrió, le dijeron que venían de Atenas con cartas para Leontiades de parte de Calístrato[103]. El esclavo, tras haberlo comunicado,

[103] Político y orador ateniense que tuvo un papel importante desde el 391 en Atenas. Más tarde, en el 361, fue procesado y condenado a muerte.

recibió órdenes de abrir. Pero cuando quitó el cerrojo y abrió un poco la puerta, cayeron todos juntos sobre él y, derribándolo, se lanzaron a la carrera a través del patio hasta la alcoba. Leontiades, que sospechó en seguida la verdad, E
tomó su puñal y se dispuso a defenderse, pues era un hombre injusto y tiránico, pero de ánimo valeroso y fuerte de brazo. Sin embargo, no supo apagar la antorcha y combatir en la oscuridad a sus atacantes sino que, visto a la luz por ellos, hirió en el costado a Cefisodoro justo cuando se abrió la puerta y después, cayendo sobre Pelópidas, llamaba a grandes voces en su auxilio a los criados. Pero Sámidas y los suyos los tenían sujetos, porque no se atrevían a llegar a las manos con los ciudadanos más ilustres y sobresalientes en la lucha. El combate a espada entre Pelópidas y Leontiades se desarrollaba en la puerta de la alcoba. Como ésta era F
estrecha y en medio de ella había caído, herido de muerte, Cefisodoro, los demás no podían ir en su ayuda. Por fin, nuestro amigo, tras haber recibido en la cabeza una pequeña herida y haber causado más, arrojó al suelo a Leontiades y lo degolló sobre Cefisodoro que aún estaba con vida. Y, en efecto, éste, cuando vio caer al enemigo, estrechó la mano de Pelópidas, se despidió de los demás y expiró serenamente. Habiendo dado fin a esto se dedicaron a Hípates y, con las puertas abiertas por el mismo procedimiento, lo mataron cuando huía por el tejado a una casa vecina.

33. Desde allí se apresuraron a reunirse con nosotros y 598A
nos encontramos fuera en el gran pórtico de las columnas. Después de saludarnos y cambiar impresiones nos dirigimos a la cárcel. Fílidas llamó al carcelero y le dijo: «Arquias y

---

Al regresar del destierro fue ejecutado. De su poca simpatía a Esparta habla Plutarco en *Praec. ger. reip.* 810F.

Filipo te ordenan que lleves rápidamente ante ellos a Anfíteo». Pero él, que vio la hora inhabitual y que Fílidas no le hablaba tranquilo, sino acalorado por el combate y exaltado, al sospechar el engaño le preguntó: «¿Cuándo han enviado a
B estas horas, Fílidas, los polemarcos por un prisionero? ¿Y cuándo por tu mediación? ¿Qué contraseñas traes?» «Ésta es mi contraseña», dijo Fílidas. Y al tiempo que hablaba, con una lanza de caballería que llevaba, le traspasó el costado y derribó a este hombre malvado, a quien incluso en los días siguientes pisaban y escupían no pocas mujeres.

Nosotros, tras haber roto las puertas de la prisión, llamábamos por su nombre primero a Anfíteo, después a los demás que cada uno conocía. Unos, al reconocer nuestras voces saltaban alegres de sus camastros arrastrando las cadenas; otros, que tenían los pies en el cepo, tendiendo las manos gritaban, pidiendo que no les abandonáramos. Mien-
C tras éstos quedaban desatados, ya se acercaban muchos de los que vivían cerca, dándose cuenta de lo sucedido y llenos de alegría. Y las mujeres, cuando cada una oyó de sus parientes, sin guardar las costumbres de Beocia, salieron corriendo al encuentro las unas de las otras y se informaban de quienes encontraban. Las que habían hallado a sus padres o a sus maridos los acompañaban y nadie se lo impidió. Pues la compasión a que daban lugar, las lágrimas y los ruegos de estas mujeres honestas ejercían una gran influencia en quienes encontraban.

34. Cuando los sucesos habían llegado a este punto, yo me enteré de que Epaminondas y Górgidas ya se habían reunido con los amigos en el templo de Atenea y marché con
D ellos. Había llegado al mismo tiempo una multitud de buenos ciudadanos y continuamente acudían más. Cuando les comuniqué punto por punto lo ocurrido y les pedí que fue-

ran a la plaza a ayudarnos, todos juntos convocaban en se-
guida a los ciudadanos a favor de la libertad. A la multitud
de los congregados entonces les proporcionaron armas los
pórticos que estaban llenos de toda clase de trofeos y los ta-
lleres de los fabricantes de espadas que habitaban cerca. Y
llegó también Hipostenidas con sus amigos y servidores,
trayeron consigo a los tocadores de trompeta, que por suerte E
habían venido a la ciudad para las fiestas de Heracles. Y al
momento unos tocaban alarma en la plaza, otros en otros
lugares, asustando por todas partes a nuestros contrarios pa-
ra dar la impresión de que todos se habían levantado en ar-
mas. En efecto, los partidarios de Esparta de la otra parte de
la ciudad huyeron a la Cadmea, llevándose con ellos a los
llamados «los excelentes», que acostumbraban a hacer la
vigilancia nocturna abajo, alrededor de la ciudadela. La
guarnición arriba, cuando éstos acudieron en desorden y
atemorizados, al vernos en torno al ágora, sin permanecer
quieta ninguna parte de la ciudad sino que de todas se le-
vantaban ruidos y tumultos, no pensaron en bajar, aunque F
estaban en un número superior a mil quinientos. Asustados
ante el peligro, tomaron como pretexto aguardar a Lisanóri-
das porque les había dicho que regresaría ese día[104]. Por eso
también después, según supimos, los Ancianos[105] de los la-
cedemonios le castigaron con una fuerte multa y mandaron
ejecutar a Herípidas y a Arceso tan pronto los prendieron en
Corinto. A nosotros nos devolvieron la Cadmea mediante
un tratado y se retiraron con sus soldados[106].

---

104 Como se recordará había ido a Haliarto; cf. 578A.

105 Los *Gérontes* que componían la *Gerusía* o Cámara Alta del gobierno de Esparta.

106 La capitulación de los espartanos tardó varios días en realizarse, cuando la Cadmea se rindió al ser reforzados los tebanos por un ejército ateniense que llegó en su ayuda.

ÍNDICE DE NOMBRES

Academia, 526F, 549F, 602A, 603C, 605A.
acragantinos, 553A.
Adonis, 560C.
Adrastea, 564E-F, 568C, 570A, 574B.
Afrodita, 555B.
Agamenón, 542C.
Agatocles, 544B, 557B.
Agatón, 527B.
Agesilao, 533F, 534G, 545A, 577E-F, 578F.
Agetóridas el espartiata, 578F.
Alceo, 525B.
Alcibíades, 552B, 581C.
Alcíono, 603D.
Alcmán, 599E.
Alcmena, 577E, 578A, F.
Alcmeón, 602F.
Alejandría, 601F.
Alejandro, 530D, 531A, 542D, 545A, 557B, 603C, 605D-E.
Aleo, 578B.
Alexino el sofista, 536A.
Anactorio, 552D.
Ananke, 564E.
Anaxágoras, 607E.
Andócides, 580D.
Androción, 605D.
Androclidas, 596B.
Andrócoto, 542D.
Anfíloco, 563D.
Anfión, 577B.
Antíteo, 577D, 586F, 594D, 598A-B.
Anfitrión, 579A.
Aníbal, 606C.
Antifonte, 581C.
Antígono (II Gonatas, 283-240 a. C.), 531E, 534C, 545B, 562F.
Antíoco, 606C.
Antípatro (general de Alejandro, 397-319 a. C.), 525C, 530E, 532F, 559E.
Antípatro de Tarso (filósofo estoico), 605B.
Antístenes, 536B, 607B.

Apolo, 525A, 557C, 566C, 607B.
Apolócrates, 559E.
Apolodoro, 555B, 556D.
Apolonia, 552D.
Aqueloo, 602F.
Aquiles, 537E, 541C, 542E.
Arcadia, 540E, 548F.
Arceso, 586E, 598F.
Aresas, 583A.
Argos, 607A.
Arideo, 564C.
Aristón, 558C.
Aristipo, 524A.
Aristócrates, 548F.
Aristofonte, 605F.
Aristón de Eta, 553D-E.
Aristón de Cos, 605B.
Aristón de Quíos, 600E.
Aristóteles, 527A, 545A, 603C, 604C, 605B.
Arquedamo (ateniense protebano), 575D, 576B, 577B, 595B, D, 596D.
Arquedemo (filósofo estoico), 605B.
Arquelao, 531D, 604E.
Arquidamo (rey espartano, 360-338 a. C.), 535F.
Arquias, 575F, 576B-C, 577A-D, 586E-F, 588B, 594C-F, 595F, 596A, 597A, 598A.
Arquias el hierofante, 596E.
Arquíloco, 560E, 604C.
Arquino, 575F.
Arquitas, 551B.
Artemisio, 552B.
Arturo, 601B.
Asclepio, 553D.
Asia, 532F, 604E.
Asos, 605B.
Atamante, 556A.
Atenas, 525C, 542E, 549A, 552B, 553B, 558C, F, 559B, 580E, 581C, 592E, 597D, 601C, 604F, 605A, D, 607A, E.
Atenea, 543A, 557C, 580C, 598D. — Políade, 534C.
atenienses, 541D, 542B, 559E, 572C, 575D, 580B, 581C, 600F, 601B, 602A, 605C.
Átropo, 568E, 591B.
Augias, 563A.
Aulia, 557B.
Autólico, 553B.
Automatía, 542E.
Áyax Oileo, 557C.
Áyax Telamonio, 603D.

Babilonia, 604C, 605B.
Baquílidas, 582D.
Baquílides, 605D.
Barsine, 530D.
Belerofonte, 529F.
Beocia, 598C.
beocios, 558A, 575E, 576D.
beotarquía, 540D.
berecintos, 603A.
Beso el Peonio, 553D-E.
Bías de Priene, 548E.
Bión de Borístenes, 531F, 536A, 561C-D.
Bizancio, 525D, 542B, 555B.

Bocóride, 529F.
Bórboro, 603C.
Bránquidas, 557B.
Brásidas, 548B.
Bruto, 530A.

Cabírico, 597A-C.
Cadmea, 575F, 576A, 577B, 578C, 587A-B, 598E-F.
Cafisias, 575B, E, F, 576D, 578D, 583D, 585D, 586B, 587D, 594A.
Calias, 527B.
Calicles, 533A.
Calímaco, 602F.
Calipo, 530D, 533D.
Calístrato, 597D.
Calondas, 560E.
Camilo, 605E.
Camón, 539C.
Capitolio, 541A.
Capreo, 553B.
Capri, 602F.
Capro, 548F.
Caria, 579B.
Caribdis, 545C.
Carilo, rey de Esparta, 537D.
Carilo, el flautista, 580E-F.
Carón, 576C-D, 586B, D, F, 587A-B, 588B, 594E, 595A, C-F, 596A, C-E, 597A.
cartagineses, 552D.
Casandro, 530C-D, 552D, 559E.
Catilina, 540F.
Catón de Útica, 534D.
Catón el Viejo, 528F, 544C.
Cátulo (Lutacio, magistrado romano), 534D.
Cebes, 580E, 590A.
Cécrope, 551E.
Cefiso, 601D.
Cefisodoro, 595E, 596D, 597E-F.
Ceos, 605B.
Cerámico, 531F.
Ceraunios (montes), 601A.
Cicerón, M. Tulio, 540F, 542A, 605F.
Cícladas (islas), 603A.
Cíclope, 545C.
Cíclopes, 603A.
cilicios, 563D.
Cilón, 583A.
Cimón, 552B, 558C.
Cinaro, 602C.
Ciro el Grande, 538A, 545B.
Citerón, 576C, 594E.
Citio, 605B.
Cleantes, 605B.
cleoneos, 553A-B.
Cleónice, 555B.
Clidón, 587D-E, 595A.
Clímene, 608E.
Clístenes, tirano de Sición, 553B.
Clitemestra, 555A.
Clodio, 605E.
Cloto, 568E, 591B.
Coaspes, 601D.
Codro, 603A, 607B.
Colito, 601B.
Conón, 575F.
Conufis el profeta, 578F, 579A.

Córax el de Naxos, 560D.
corcirenses, 557B.
corintio(s), 601A-B.
Corinto, 601C, 604C, 607E.
Cos, 545B.
cosmio, 601A.
Cotis, 542E.
Cranio, 601B.
Crates, 546A.
Creonte, 530B.
Creso, 556B.
Crisipo, 605B.
Critolao, 605B.
Cromno, 535A.
Crono, 552A.
Crotona, 582E.

Damoclidas, 594D, 596D.
dánaos, 606F.
Dascilo, 599E.
Deifanto, 558B.
delfios, 558F.
Delfos, 553C, 556F, 557B, 566C, 604C.
Delion, 581C.
delios, 579B.
Delos, 572C, 579B.
Démades, 525C, 526A.
Deméter, 586F.
Demetrio (Poliorcetes), 530C, 563A.
Demetrio de Falero, 601F.
Demóstenes, 526A, 531A, 532A, 541E, 542A, 547F.
Dicearquea, 566E.
Dike, 564F, 565A.
Diógenes de Babilonia (filósofo estoico), 605B.
Diógenes de Sínope, el cínico, 526C, 527E, 602A, 604C, 605D-E, 606C.
Diogitón, 595E.
Diomía, 601B.
Dión, 530C, 553D.
Dionisíacas (fiestas), 527D, 603C, 604C.
Dionisio el Viejo (tirano de Siracusa), 542D, 552E, 559D.
Dionisio el Joven, 553C.
Dioniso, 566A, 606B, 607B, 611D.
Dirce, 526F, 578B.
Duliquio, 603D.

Efialtes, 602F.
egipcio(s), 579C, 601D.
Egipto, 552D, 578A, 579B.
Eleusinio, 607A.
Eleusis, 604C, 607B.
Élide, 603D, 605C.
Elopio de Pepáreto, 578F.
Enieo, 603D.
Empédocles, 580C, 607B.
Entendimiento (personificación), 591B.
Eolo, 603D.
Epafrodito, 542E.
Epaminondas, 527B, 540D, 542D, 545A, 576D, F, 579D-F, 582D-E, 583D, F, 584B-D, 585D-E, 586A, 588B, 592E, 594A, 598C.

Epeo, 543F.
Epicarmo, 559B.
Epícides, 556D.
epicúreos, 532B.
Epiro, 605C.
Equécrates, 572C.
Equinas, 603D.
Éreso, 605B.
Eriantes, 586F.
Erídano, 557C.
Erifile, 553E.
Erinias, 602E, 604A.
Erinis, 564F.
Escapte Hile, 605C.
Escilunte, 603A, 605C.
Escipión, 540F.
Esciro, 603D, 607E.
escitas, 555B.
Escopas, 527C.
Esopo, 556F, 557A-B, 609F.
Esparta, 558A, 577D-E, 598E, 599E, 602B.
espartanos, 586F.
espartiatas, 560F.
Espartos, 563A.
Espíntaro el tarentino, 592E.
Esquilo, 604F, 607B.
Estagira, 605B.
Esténelo, 540E.
Estesícoro, 555A.
Estigia, 591A, 591C.
Estilpón de Mégara, 536B.
Estoa, 605A.
estoicos, 529D, 532B.
Estrabón, 553C.
Estratón, 605B.
Estratonico, 525B, 602A.
Etiopía, 558F, 601E.
Eubea, 542B.
Eudoxo de Cnido, 579C.
Euforión, 604F.
Euménides, 602F.
Eumólpidas, 577A.
Eumolpo, 607B.
Eurimedonte, 552B.
Eurípides, 526C, 529E, 531E, 532F, 539B, 548D, 549A, D, 556E, 581C, 604F, 605F, 606D.
Europa, 607B.
Eurotas, 601D.
Eutifrón, 580D-E.
Evérgetes, 543E.

Faetón, 557C, 607F.
Fálaris, 553A.
Fasélide, 605B.
Fébidas, 575F, 576A.
Fedón, 572B-C.
Fedro, 568C-D.
feneatas, 557C.
Feneo, 557C.
Ferenico, 576C, 577A.
Fidolao de Haliarto, 577D-E, 578B, E, F, 581F, 588B, 589E.
Filadelfos, 543D.
Fileo, 563A.
Fílidas, 577B-D, 586B-E, 588B, 594D, 596C, F, 597A, 598A, B.

Filipo, 559E, 594C, E, 596A, E, 597A, 598A, 602D, 603C, 604C, 606C.
Filisto, 605C.
Filolao, 583A.
Filométores, 543D.
Filóxeno, el almirante de Alejandro, 531A.
Flegias, 553B.
focidios, 553C, 558A.
Foción, 525C, 532F, 541C, 546A.
Fortuna, 542E.
Frínide, 539C.
Frigia, 605A.

Galaxidoro, 577A, 579F, 580B, F, 581A, C, F, 588B, C, 594B.
Gela, 604F.
Gelón, 542D, 551E.
Germánico, 537A.
Galacia, 524A.
getas, 555E.
Giaro, 602C.
Giges, 599E.
Glauco, 556D.
Glicón, 605B.
Gorgias de Leontinos, 583A.
Górgidas, 576A, 578C, 594B, 598C.

Hades, 591A-C, 611F.
Haliarto, 578A.
Hárpalo, 531A.
Hélade, 558B, 583A, 604E.
Heleno, hijo de Príamo, 593C.
helenos, 552D, 579A-D, 600F, 601A, 607B.
Helicón el Ciciqueno, 533B, 579C.
Hera Leucadia, 557C.
Heraclea, 555B.
Heracles, 530D, 535A, 536B, 542D, 557C, 558B, 560D, 578D, 579A, F, 587D-E, 598E, 600F, 602D, 607B.
Heraclidas, 558B.
Heráclito, 559C, 604A.
Herculano, 539A.
Herípidas, 586E, 598F.
Hermodoro de Clazómenas, 592C.
Heródoto, 604F, 607B.
Heródico de Selimbria, 554C.
Hesíodo, 526F, 530D, 533B, 554A, 562A, 593D.
Hiampia, 557A-B.
Hierón, 551E.
Hiparco, el hijo de Pisístrato, 555B.
Hípates, 596C, 597F.
Hipatodoro, 586F.
Hipería, 603A.
Hipócrates, 551E.
Hipómaco, 523D.
Hiponacte, 523E.
Hipostenidas, 586B-D, 587A-E, 588B, 595A, 598D.
Hiria, 602D.
Hismenias, 527B, 576A.
Hismeno, 579F, 606F.
Hismenodoro, 582D.

Homero, 529D, 540E, 545C, 553B, 560C, 580C, 593C, 600C, 605A, 611B.

Ida, 602F.
Idmón, 557A.
Ifito, 553C.
Ino, 556A.
Isis, 529F.
Ístmicos (Juegos), 604C.
itacenses, 557C.
Italia, 560F, 579D, F, 582E, 583A, 585E.

Jasón, príncipe de Tesalia, 583F.
Jenócrates, 533C, 603A.
Jenófanes, 530F.
Jenofonte, 539D, 603A, 605C.
Justicia (*Dike*), 601B, 604A.

Lácares, 558C.
Lacedemonia, 550B, 555B.
lacedemonios, 545A, 576A, 578A, 598F.
Laconia, 540D.
laconios, 601B.
Lamprocles, 590A.
Lámpsaco, 605B.
Laques, 581C.
Láquesis, 568D-E, 591B.
Laso de Hermíone, 530F.
Lemnos, 603C, 607E.
Leobotes, 605E.
Leontiades, 575F, 576B, 577C-D, 578C, 596C, 597D-F.
Leóstenes, 546A.
Lesbos, 558A, 603C.
Léucade, 552D.
libios, 553C.
Liceo, 526F, 605A.
Licisco, 548F.
Licormas, 558B.
Licurgo, 537D, 541F.
Lidiadas, 552A.
Lisandro, 533E.
Lisanóridas, el espartiata, 576A, 577A-B, 578A, 594D, 598F.
Lisímaca, sacerdotisa de Atenea Poliade, 534C.
Lisímaco, 555D, 606B.
Lisis, 575E, 578E, 579E-F, 583A, C-D, 584B, 585E-F, 586A.
Lisíteo, 597B.
Lisítides, 575F.
Locros, 543A, 557C.
Lucania, 583A.
Luna, 566C.

Macedonia, 525C, 604E.
macedonios, 603C.
Maratón, 552B.
Mario, 553A.
Medea, 530B.
Media, 604C.
Megalópolis, 552A.
Mégara, 605D.
Melancio, 551A.
Melanto, 607B.
Meleto, 580B.
Meliso,582D.
Mélite, 601B.

Melón, 576A, 587D, 596D, 597A.
Menandro, 524E, 531C, 547C.
Meneclidas, 542C.
Menedemo, 536B.
Menelao, 527E.
Menfis, 578F.
Mesene, 540D.
Mesenia, 540D, 607B.
mesenios, 548F.
Metagitnias (fiestas), 601C.
Metagitnión (mes), 601B.
Metaponto, 583A.
Metelo, 542A.
miceneos, 606F.
Milcíades, 552B.
Mileto, 557B, 583E.
Minos, 550B, 603A.
Mirón, 553B.
Mitis, el Argivo, 553D.
Moira, 591B.
Musas, 560E, 579A, D, 589E, 599E, 605C.

Naturaleza, 591B.
Nausítoo, 603A.
Naxos, 602D.
Necesidad, 568D, 591B, 607B.
Neleo, 563A.
Neoptólemo, 595E.
Néstor, 527E, 544D, F, 563A.
Nicias, el Ateniense, 583E.
Nicóstrato el Argivo, 535A.
Nileo, 603A.
Niseo, 559E.
Noche, 566C.
Odeón, 605A.
Ofeltias, 558A.
Olímpico, 549B, 560A, 561B, 563B.
Olinto, 576A.
Olvido, 566A.
Orcómeno, 548F.
Orión, 602F.
Orfeo, 557C, 566B.
Ortágoras, 553B.
Oto, 602F.

Paladio, 605A.
Parnaso, 566D, 601D.
Parnes, 581E.
Partenón, 607A.
partos, 605B.
Pasaje de las Almas, 560E.
Pasaje de la Muerte de Heraclea, 555B.
Patrócleas, 548B, 549B, 552D, 553D, 560D.
Patroclo, 541B, 544D, 546F.
Pausanias, 555B, 560F.
Pela, 603C.
Pelópidas, 540D, 576A, 577A, 594D, 595C-E, 596D, 597D-F.
peloponesios, 605C.
Peloponeso, 605D.
Periandro, 552D.
Pericles, 531C, 540C, 543C, 553B, 558F.
persas, 565A.
Perséfone, 591A.
Perseo, 533B.
Persia, 545A, 601D, 604C.

Píndaro, 536C, 539C, 550A, 558A, 562A, 575D, 602F.
Pirilampes, 581C.
Pisístrato, 551E, 555B.
Pisón, 568C.
Pitágoras, 580C, 582E.
pitagóricos, 532C, 579D, 585E, 602C.
Pítane, 601B.
Pitia, 560D-E.
Píticos (Juegos), 553A, 604C.
Pitón de Enos, 542E.
Pitón de Tisbe, 563A.
Platón, 533B, 534E, 550A, D, 551B, 554A, C, 571B, 574A, 578C, F, 579B-C, 600F, 603A, 607D.
Pléyades, 601B.
Plisténida, 555A.
Poine, 564F, 565A.
Polemón, 603A.
Polimnis, padre de Cafisias y Epaminondas, 578E, 579D, 581F, 582A, 583A, 585D.
Polinices, 599D, 606E.
Polipercón, 530D, 533C.
Pompeyo el Grande, 553B.
Ponto, 602A.
Proteo, 579A.
Protógenes, 563C, E.
Ptolomeo Cerauno, 555B.
Ptolomeo (Soter), 601F.

Querón, 609D.
Quersoneso, 542B, 552B.
Quieto (Tito Avidio), 548A.
Regista, 581C.
República, 568D, F.
rodio, 601A.
Roma, 553B, 602C, 605E.
romanos, 540F, 550B.

Sámidas, 577A, 597E.
samio, 557A.
Samos, 557B.
Sardes, 557A, 599E, 600A, 601B, 607E.
Satileos, 558B.
Sátiro, 545F.
Seleuco, 555B.
Sémele, 566A, 606B.
Sérifos, 602A.
sibaritas, 557C, 558F.
Sibila, 566D.
Sicilia, 542D, 544C, 552D, 581C, 583A, 603A, 604F.
sicionios, 553A.
Sila, 542E.
Simmias, 576B, 577D, F, 578C, E-F, 579D-E, 580B-D, 581C, F, 582C-E, 585D-E, 586A, 588B-C, 590A, 593A, 594C.
Simónides, 534E, 555E, 602C, 604F.
Sinope, 602A.
Siracusa, 542E, 557B.
siracusanos, 559E.
Sísifo, 553B.
Sócrates, 527B, E, 550F, 572C, 574D, 575E, 580B-F, 581A, C, F, 582A, C, 588B-D,

589E, 590A, 592E, 600F, 607E.
Sófocles, 525A, 530A.
Solón, 524E, 550C.
Solos, 563B, 605B.
Sunio, 601A.
Susa, 604C.

Taigeto, 601D.
Tales, 578D.
Tanagra, 608B.
Tántalo, 603A, 607E.
Tarso, 605B.
Tártaro, 592D.
Taso, 604C.
Tauromenio, 605C.
Téages, 574B.
Teánor de Crotona, 582E, 584B-D, 585E, 586A, 594A-B.
tebano(s), 540D, 542B-C, 545A, 578B, 586E, 594C, 600F.
Tebas, 552D, 575D, F, 576C, 583A, 587D, 597C, 607B.
Telémaco, 527E.
Teletias, 553A.
Temis, 566D.
Temístocles, 534E, 537F, 541D, 552B, 601F, 602A, 605E.
Ténaro, 560E, 601A.
Teócrito el adivino, 576D, F, 577A-B, D-E, 578A, C, 580B-C, F, 582C, 586B, 587B-C, 588B, 589E, 590A, 592E, 594B, E, 595F, 597C.
Teócrito de Quíos, 603C.
Teodoro (actor del s. IV a. C.), 545F.
Teodoro de Cirene (filósofo del s. IV a. C.), 606B-C.
Teófilos (título real), 543E.
Teofrasto, 527B, 545F, 605B.
Teón, 610C.
Teopompo, 594D, 597C.
Teoxenias (fiestas), 557C.
Terpandro, 558A.
Terpsión, 581A.
Tersites, 537D.
tesalio, 584B.
Teseo, 607A.
Tesio (templo de Teseo), 607A.
Tespesio, 564C-D, 566A-B, E-F.
Tespias, 586F.
Tétix el Cretense, 560E.
Tiberio César, 602F.
Tideo, 540F.
Timarco de Queronea, 589E, 590A, 591A, D, E, 592E, 593A.
Timeo (diálogo de Platón), 568C-D, 569A, 573C.
Timeo de Tauromenio (historiador, c. 356-260 a. C.), 605C.
Timoleón, 542E, 552D.
Timón, 548B, 549E, 556E.
Timoteo, 539C, 575F, 605F.
Timóxena, 611D.
Toante, 603C.
Tracia, 605C, 607B.
tracios, 557C.
Trasibulo, 575F.

Trasónides, 524F.
Tróade, 605B.
Trofonio, 590A, 592E.
Troya, 541C, 557C.
Tucídides, 533A, 535E, 548D, 551A, 558F, 605C.
Turios, 605A.

Ulises, 537E, 544A, 545C, 553D, 557C, 580C, 603D.
Unidad, 591B.

Vesubio, 566E.

Zaleuco, 543A.
Zenón (de Citio, fundador de la Estoa), 534A, 545F, 603D, 605B.
Zeus, 526A, 536A, 541C, 544B, 550B, 553E, 556B, 557B, 561B, 564E, 588A, 594E, 600B-C, 607A; — Agoreo, 589E; — Hospitalario, 605A; — Olímpico, 527E.

ÍNDICE GENERAL

Págs.

Introducción 7

Bibliografía 13

Sobre el amor a la riqueza 17

Sobre la falsa vergüenza 39

Sobre la envidia y el odio 67

De cómo alabarse sin despertar envidia 79

De la tardanza de la divinidad en castigar 109

Sobre el hado 171

Sobre el demon de Sócrates 199

Sobre el destierro 267

Escrito de consolación a su mujer 305

Índice de nombres 327